

Bajo el cielo de NEW YORK y su Navidad



Jenny Del

Bajo el  cielo de
NEW YORK
y su Navidad

Bajo el cielo de New York y su Navidad.

Jenny Del.

Todos los derechos reservados.

1ªEdición: Diciembre, 2019

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Epílogo

Capítulo 1



Hacía un frío de esos que no te permiten ni gesticular y eso que yo estaba abrigada desde los pies a la cabeza.

Entré a la cafetería y me pedí un chocolate caliente. Lo sostuve entre mis manos mientras soplabla para poder dar el primer sorbo. Tenía unas ganas impresionantes de que acabara la mañana y poder meterme en casa calentita con mi pijama y con la calefacción.

Me estaba viendo venir la siguiente entrevista a Robert, el cantante de bachata más admirado y perseguido del momento. Iba a ser imponente.

Robert era todo un fenómeno puertorriqueño instalado en New York. Era un líder de masas, que disfrutaba de un pico tan alto de su carrera que hacía imposible no prestarle atención.

Yo trabajaba para una productora desde hacía dos años, que llevaba uno de los programas latinos más importantes de todo el país. Mi función era entrevistar a algún personaje público dos veces en semana, pero no desde plató. Grababa la entrevista en algún lugar y la televisaban durante la emisión del mismo.

Esta entrevista la había pactado la productora después de mucho tiempo negociando con él. Sabían que iba a ser uno de los "pelotazos" del momento y conseguirían ser líderes en audiencia.

Mi función era esa, salir dos mañanas a entrevistar personajes públicos y el resto de tiempo y días trabaja desde mi casa para una columna de una revista. Me apasionaba mi trabajo. Desde pequeña tenía claro que quería ser periodista y lo conseguí. Además, disfruté mucho de la carrera.

Tenía un pequeño apartamento en Manhattan. Era de mis padres, pero cuando se jubilaron se marcharon a vivir a Miami, a disfrutar de un clima cálido todo el año y me dejaron el piso recién reformado.

Me tomé el chocolate y entré en el hall del hotel.

—Buenos días. Soy Kyara Anderson, periodista. Me espera Robert, el cantante. Si fuera tan amable de decirle...

—Cierto. La estábamos esperando. Dio orden de que la hiciéramos pasar tan pronto como llegara...

Subí a la planta alta del hotel, a la suite de Robert, por supuesto acompañada por un trabajador del mismo que me había identificado al llegar y comprobado que era a mí a la que esperaba.

Yo ya conocía ese lugar. Había entrevistado allí a más de un famoso y tenía un salón impresionante, al igual que las vistas que se divisaban desde todos los rincones de la habitación a través de unas grandes cristalerías.

Era un sitio realmente impresionante. Denotaba lujo extremo, pero a la par una impresionante calidez...

Llamamos a la puerta y nos abrió su representante, un chico muy simpático que me hizo pasar de inmediato.

—Eres Kyara, ¿verdad?

—“La misma que viste y calza”—dije, con la mejor de mis sonrisas.

—Muy bien. Pasa, por favor, Robert te está esperando... Yo soy Paul, su representante...

—Gracias Paul...

—Ponte cómoda, por favor. Déjame tu abrigo... No te preocupes, después te lo devuelvo. No es mi estilo—dijo, bromeando...

Robert estaba hablando por teléfono y me hizo señas de que esperase un momento a que terminara. Asentí con la cabeza. Él me lo había pedido sonriente y de manera simpática.

—Paul, quería preguntarte, ¿alguna cuestión especial a tener en cuenta antes de la entrevista?

—Te refieres a si es un excéntrico o maniático de esos a quienes ni siquiera puedes mirar a los ojos, ¿no?

—Más o menos.

—No, no te preocupes. No es de ese estilo. Es más bien un tipo totalmente corriente. Te va a gustar. Es muy sencillo y espontáneo. Ni siquiera pide las preguntas por adelantado como otros y tal...

—O sea que puedo “ir a mi bola”, ¿no?

—Totalmente. Con tal de que no incidas demasiado en las cuestiones del corazón, en plan demasiado escabroso, suficiente. La entrevista fluirá a la perfección...

—Bueno es saberlo. En ocasiones una no sabe “a qué carta quedar...”

—Imagino, te habrás encontrado cada “especimen...”

—No lo sabes tú bien—dije, riendo...

Imponía tenerlo cerca y eso que no era santo de mi devoción ni me había fijado como hombre en él nunca. Podría decirse que no era de mis favoritos, pero en las distancias cortas como que me llamaba muchísimo la atención.

Saludé a mi compañero que siempre llegaba antes para preparar los equipos con los que grabaría la entrevista. Me colocó el micro en la oreja y esperamos a que terminara de hablar mientras charlábamos con Paul, su representante.

—Ya lo tienes colocado, Kyara. “Luz verde” para la entrevista...

Colgó y se acercó a mí sonriente. Le di la mano, pero tiró de mí hacia él y me espetó dos besos.

—Soy Kyara Anderson, del...

—Yo Robert, encantado... Cuando te he visto, pensé que era una equivocación...

—¿Y eso?

—Esperaba a una periodista, pero no sabía que eras también modelo. Pensé que te enviaban para mi próximo vídeo promocional...

—Muchas gracias. Eres muy agradable—dije, algo sonrojada pero muy halagada por aquel espontáneo piropo.

—Nada, solo soy sincero. Suelo tener la mala costumbre de soltar todo lo que se me pasa por la cabeza. O casi todo—dijo, esbozando aquella preciosa sonrisa.

Después me ofreció sentarme, obvio que la entrevista no se la iba hacer bien. Ya me temblaban las manos...

Nos sentamos a comenzarla y fue todo muy fácil. Me estaba seduciendo, no sé si intencionadamente o porque era así, pero sus gestos, su forma de hablar pausada con esa sonrisa irresistible, sus indirectas con algunas respuestas...

En un momento dado, comencé a preguntarle por los orígenes de su carrera.

—Robert, ¿cuándo tomaste conciencia de que deseabas ser cantante?

—Podría decirse que lo he sabido siempre. Algunas veces he pensado que debió ser en el mismo momento de mi nacimiento. Mi madre dice que los primeros días daba unos “recitales” de llanto fenomenales...—dijo, riendo...

—Y a partir de ahí...

—A partir de ahí, ya desde pequeño me encantaba destacar entre mis compañeros, cantando en cualquier ocasión: cumpleaños, fiestas infantiles, fines de curso... Veía un micrófono y me volvía

loco... Era auténtica pasión...

—Digamos, entonces, que te defines como un hombre apasionado, ¿puede ser?

—Puede ser y es. Creo que la vida no sería la misma sin pasión, ¿no piensas tú lo mismo?

No fue lo que dijo, que ya de por sí era sugerente, sino cómo lo dijo. Me cautivó aquella mirada penetrante y hasta diría que, por muy profesional que me considere, me costó concentrarme en la siguiente pregunta.

A mí me estaba ganando y lo hacía de una forma brutal. Sin saberlo, me estaba regalando la mejor entrevista de esas fiestas ya que era la víspera de Nochebuena.

Una hora de preguntas y respuestas a cuál mejor.

—Tienes una auténtica legión de fans, ¿te consideras afortunado por ello?

—Más que afortunado. Sin mis fans no sería absolutamente nada... Tengo que agradecer a todas esas chicas y chicos...

—Sin duda, pero sobre todo chicas, ¿no es así?

—Algo de eso hay. El personal femenino me adora... Creo que las chicas me sobreestiman y yo no puedo estar más agradecido...

—Sin embargo, ¿has llegado alguna vez a pasar miedo?

—Jaja. Ahora que lo dices sí. En una ocasión. Fue un fallo de seguridad y la verdad es que las adoro, pero las prefiero de una en una... Vi venir tal avalancha que...

—Llegaste a temer por tu integridad...

—¡Por la mía y por la de mi prima! —dijo en una expresión ingeniosa y figurada que nos hizo reír a todos los presentes...

—Gracias — dije cuando terminamos y la cámara se apagó— me lo has puesto de lo más fácil — sonreí feliz.

— Me gusta tu forma de interactuar y el tacto que tienes con ciertos temas. Eres una gran periodista — ¿Un café? — preguntó señalándome con el dedo, sonriente.

— Claro —¿cómo para decirle a ese bombón que no! — Respecto a lo que has dicho, te lo agradezco. Creo que en lo profesional somos una proyección de lo personal y el sensacionalismo no me va... —dije.

—Seguro que ya imaginas que a mí tampoco. No me gusta sentir que cualquiera tiene derecho a indagar en lo más profundo de mi vida personal solo porque sea un personaje público. Yo vendo mi música, no mi vida privada...

—Entiendo. Pienso que me ocurriría lo mismo si yo fuera un personaje público. De otro modo debes sentir como...

—Como si te prostituyeras y yo no estoy por la labor....

—No puedo estar más de acuerdo—añadí.

—Aunque, por otra parte, supongo que a vosotros os “apretarán bien las tuercas” para que hurguéis, ¿no?

—A mí ya por suerte, no. Al principio, es más complicado, pero, conforme pasa el tiempo, vas pudiendo elegir...contesté.

—Y tú ya estás en ese momento, ¿no?

—Por fortuna sí. Soy una profesional independiente y, dentro de unos ciertos parámetros, tengo libertad... Si mañana llegan “órdenes de arriba” distintas, cojo mis bártulos y cambio de tercio...

Esperamos a que mi compañero terminara de recoger el equipo. Nos despedimos de él y de su representante que no sabía dónde se iba, pero lo hacía.

—Kyara, encantado. Espero que nos veamos pronto. Ha sido un placer. Uno que se retira: cometido cumplido...

Nos quedamos allí a solas. En cuanto al café, no sabía si saldríamos o lo tomaríamos en ese mismo lugar.

— ¿Café o vino? — dijo descolgando el teléfono de la habitación para pedir que lo subieran.

— Me da igual — levanté las manos riendo.

— Sí, por favor — dijo al aparato — Una botella de vino reserva del que siempre pido y un variado de entrantes.

Al final iba a salir de allí borracha, comida y si me lo montaba bien, hasta con el orgasmo de postre, pensé aguantando la risa.

—No era necesario — dije ruborizada y para que eso sucediera algo debía estar pasando en mí.

—Para una entrevista que me hace una mujer simpática, sin fingir, con preguntas de lo más cuidadas y sin rebasar los límites... Eso lo mínimo que se merece es un vino, unos entrantes, una comida, un postre y si nos ponemos melancólicos por las fiestas, hasta nos escapamos a cenar perdidos por la ciudad — dijo con mucha gracia.

—Qué pasa, ¿no tienes mejores planes? — pregunté bromeando.

—Ni mejores, ni peores. No tengo planes hasta el día veintiséis por la noche que doy un concierto.

—¿No pasas la Nochebuena y Navidad con tu familia?

—En Fin de Año viene mi madre. Es mi única familia. Mi padre falleció cuando yo era un niño como te conté durante la entrevista, así que mi madre las Navidades las pasa con sus hermanos en Puerto Rico. A ella no hay quién la saque de allí y para el Fin de Año se traslada aquí a New York y se instala en mi casa. Pasa tres días y se vuelve.

—Mis padres también vienen en Fin de Año, están en Miami viviendo.

— ¿Y con quién pasas la Navidad?

— Conmigo misma, como tú — le saqué la lengua. Mi hermana Susan y mis sobrinos también viven fuera...

— Ah no, eso no lo podemos permitir, tenemos que hacer algo — dijo con descaro produciendo en mí una carcajada.

— Pues ¿en tu casa o en la mía? — pregunté sin remilgos.

— En la tuya — levantó la ceja.

— Pues entonces en la mía — reí mientras llamaban a la puerta e iba a abrir, El servicio había venido como Superman, volando.

Entraron con el carrito y nos pusieron todo sobre la mesa de la zona del salón de la suite. Una cantidad de variedad de canapés y entrantes que parecía que habíamos pedido comida “para un regimiento”. Una barbaridad, nos sirvieron el vino y dejaron la botella sobre la mesa. Se fue el chico seguidamente.

Robert puso una de las copas en mi mano mientras sonreía.

— Entonces en qué quedamos ¿En la tuya o en la mía? — arqueó la ceja.

— En la mía, en la mía — reí.

— Te lo estoy diciendo en serio — carraspeó.

— Y yo, y yo, mañana por la mañana me voy a comprar todo para preparar la cena — sonreí.

— No sé por qué, pero algo me dice que te estás quedando conmigo — volvió a carraspear.

— ¿Y qué te hace pensar eso? Eres Robert, el puertorriqueño más deseado de toda la juventud y parte de las mujeres del mundo entero y te estás invitando a mi casa ¿cómo voy a no aceptar tal honor? — volví a reír.

— Una puntualización... yo no me he invitado. Te di a elegir, que conste en acta — cogió un canapé de salmón y lo puso en mi mano. Me hizo señas para que lo comiera y me provocó otra carcajada por lo seductor que era.

— Bueno, te invité yo. Todo sea por tener al “rey de la bachata” contento.

— ¿Y qué me vas a preparar para cenar?

— ¿Algo especial quiere el señor? — pregunté bromeando con ironía.

— A mí lo que me gustaría es ir a comprar contigo la comida y pasar la tarde cocinando mientras tomamos un vino y escuchamos a un tal Robert... — carraspeó, eso nunca se le pasaba.

— Sobre todo escuchar al tal Robert, nada de Navidad. Lo tuyo es romper el encanto de las fiestas — reí — pero si es lo que quieres, no hay problema — le saqué la lengua produciéndole una sonrisa.

— Coge el teléfono — señalando a mi móvil que estaba a un lado de la mesa— Apunta mi número que es...— hice caso y lo añadí — Cuando llegues luego a tu casa me pones la ubicación. Mañana iré a por ti a las doce. Nos iremos a comprar la comida para la cena. Luego comeremos algo rápido antes de volver y ya nos metemos allí a prepararlo todo.

— Madre mía, madre mía, pues sí que organizas rápido y yo aún sin asimilarlo — Para mí que todo es como una broma, pues eso lo veo en una película y pienso que simplemente es ficción.

— ¿Trato hecho? — extendió su mano.

— Trato hecho — reí apretando su mano con la mía con firmeza.

Estuvimos charlando, comiendo y tomando un café, antes de marcharme.

—Ahora no hay micros. Puedes preguntar todo lo que te dé la gana, pero con la confidencialidad propia de los amigos, ¿eh? —dijo, esbozando de nuevo aquella maravillosa sonrisa.

—¿Qué se siente? —pregunté.

—¿Cuándo?

—Pues cuando estás en el “ojo del huracán”. Cuando vives rodeado de focos y flashes y con millones de miradas puestas sobre ti.

—Procuro no darle mayor importancia. Por un lado, jamás he permitido que la fama se me subiera a la cabeza. ¿De qué me serviría si pierdo mi esencia? Lejos de haber ganado nada, habría perdido...

—Entiendo...

—A ver, no me tomes por un narcisista ni por nada parecido. No es que mi esencia fuera mejor que la de nadie, pero es la mía y para mí es fundamental saber adónde vas, pero también recordar de dónde vienes...

—¿Y tú vienes de...?

—De una familia como otra cualquiera. Yo era un chaval de un hogar modesto que escribía mis primeras canciones sentado en la cama de mi dormitorio, mientras los chicos del barrio me gritaban por la ventana que si bajaba a jugar...

—Uno de tantos que, sin embargo....

—Que, sin embargo, ha trabajado duro pero también ha tenido a la suerte de su lado, porque soy consciente de que otros muchos...

—Otros muchos, ¿qué?

—Se han esforzado lo mismo y se han dado contra un muro. Por eso creo que debes mostrarte agradecido con la vida...

—Y exactamente, ¿cómo se lo agradeces?

—Pues muy sencillo: disfrutando de todos y cada uno de los placeres de la vida como si no hubiera mañana y eso incluye...

—¿A la compañía? —pregunté curiosa.

—Principalmente a la compañía... Como aquella de la que disfruto ahora mismo—dijo, guiñándome un ojo.

Estaba como una quinceañera y en un par de ocasiones miré el reloj...

—¿Tienes prisa? —preguntó.

—No, ¿por?

—Porque te he visto mirar la hora y he pensado que quizás sea un día demasiado especial para entretenerme tanto. Soy un poco impulsivo, sorry si...

¡Encima educado! Si es que lo tenía todo. Atractivo a rabiar, con una sonrisa de cine, atento y detallista. Se notaba que le gustaba agradar a aquellas personas con las que se sentía a gusto y, no me lo podía creer, ¡pero yo era una de esas personas en ese momento!

—No, no te preocupes. Es simple costumbre. Lo de controlar la hora, digo...

En realidad, había soltado lo primero que se había pasado por la cabeza. ¡Si él supiera que solo miraba el reloj porque no quería pensar que se estaba haciendo demasiado tarde!

—Vale, mejor así...

En un momento dado sí tuve que hacer además de finiquitar aquel rato tan increíble. Ese día me faltaba trabajo por hacer y enviar antes de media noche, así que me tenía que poner las pilas.

Al irme, nos dimos un cariñoso abrazo. La verdad es que había sido algo increíble, especial e inesperado. Una de esas cosas que te pasan en la vida y te dejan alucinando de forma permanente y haciéndote mil preguntas.

—Nos vemos mañana entonces. No me falles, ¿eh? —dijo.

—No, no te preocupes que no lo haré...

Lo que sí haría sería darme un pellizco tan pronto saliera de allí. Era un sueño. Interiormente imaginaba que aquello era como de novela romántica y que millones de chicas darían lo que no tenían por estar viviendo lo mismo...

Me fui andando hasta el garaje donde había aparcado mi coche. Lo conecté al móvil y conduje escuchando sus canciones. Para matarme, pero aquello me había parecido tan fabuloso que estaba en una nube.

La ciudad estaba preciosa por todos lados, ese aire navideño de New York era algo formidable, que me sorprendía año tras año. Se sentía la magia por todos los rincones.

Al llegar a casa llamé a mi hermana Susan. Ella era súper fan de Robert y no podía creerse que yo fuera a entrevistarle. Ahora sí que no me creería...

—Susan. Ya me he quedado libre...

—¿Ya, dices? Esperaba tu llamada hace horas. Muero por cotillear. ¿Gana o pierde en directo? Cielo santo Kyara, yo creo que de haber estado en tu lugar me habría desmayado. ¿Tú sabes lo que es entrevistar a Robert?

—Sé eso y sé más, ¿tú sabes lo que es tomar una botella de vino y comer con él?...

—Guau, ¿te ha invitado a quedarte con su equipo o algo? Me caigo muerta Kyara...

—Si quitas la parte del equipo, habrás dado en el clavo...

—No, no, muero, ahora sí que muero. Necesito que entre aire fresco. Siento que me voy a desmayar—dijo, mientras yo la imaginaba con esos gestos tan graciosos que hacía...

—Pues espera porque eso no es todo...

—¿Es broma? Todo esto es una broma, ¿verdad? Has pensado que mi vida con un trabajo de recepcionista, separada y con dos niños, es demasiado aburrida y has pensado en entretenerme un rato...

—Me temo que no es eso. No “van por ahí los tiros”. Creo que tengo, no sé cómo decirlo, si una cita o...

—¿Una cita? Sí, claro... y a mí me han llamado de la NASA para ofrecerme un puesto de...

—Para, jodida, coge aire. Me estás estresando. No sé cómo ha ocurrido, pero...

—Suéltalo ya, que me tienes en ascuas... —dijo.

—Pues que va a venir mañana a comer a mi casa...

—¡Necesito oxígeno, necesito oxígeno! —gritaba la exagerada de Susan entre grititos entrecortados... ¿Robert a comer a tu casa en el día de Nochebuena? Creo que me va a dar un síncope...

—Pues ve procesándolo porque me tengo que poner a trabajar...

—No, ¡cuenta algo más! ¿Cómo ha surgido? ¿Lo has abducido? ¿Te has valido de una pócima mágica? Quiero ese remedio, lo quiero...

—Simplemente lo ha propuesto, pelmaza—dije, como si yo no le diera mayor importancia al asunto pues, de otro modo, no me la podría quitar de encima en horas y tenía mucha faena por delante...

Esperaba en cualquier momento un mensaje diciendo que no podría asistir a lo que habíamos planeado al día siguiente. Aquello tenía que tener el truco en algún lado. No me podía estar pasando a mí.

Lo curioso del caso es que yo nunca había puesto interés en él. No me había llamado la atención y ahora estaba babeando como una niña pequeña.

Me puse mi pijama. No me podían gustar más. Los tenía de muchos estilos, pero debían ser cómodos y de algodón, de colores cálidos.

Mientras preparaba los últimos artículos por enviar de esa semana, me puse a pensar en él. Era imposible apartarlo de la mente, sus gestos, su sonrisa, su mirada. Cuanto le envolvía, era como

un regalo de Navidad.

Estaba tan nerviosa que pensaba que iba a tirar todo lo que mis manos cogían. Hacía tanto tiempo que no sentía algo así que me daba hasta miedo, ante todo tenía que tener claro que él no se iba a quedar a mi lado y como a mí, trataría a muchas. Además podía ser su vía de escape para no pasar la Navidad solo.

Por otra parte, dudaba que no le hubieran propuesto nada o estuviese invitado a infinidad de sitios, seguramente lo quería pasar relajado, pero no sin nadie. ¡Me estaba haciendo mil preguntas!

Le mandé la ubicación y me respondió dándome las gracias y me dijo que descansara...

Había acabado mi trabajo y hasta unos días después no tenía que volver a enviar nada. Además, la entrevista había quedado espectacular, mi compañero la había mandado a la redacción y estaban más que contentos.

En esas volvió a sonar el teléfono. Era Susan que seguía ávida de información.

—Me has dejado antes “con la miel en los labios” y los niños ya están fritos—dijo—Por tu parte, conozco tus costumbres y sé que ya has terminado de trabajar. Es hora de regalarle los oídos a tu hermana...

—¿Qué quieres saber? Suéltalo pronto, antes de que me arrepienta...

—Todo. Quiero saberlo todo. Hasta la talla de slips que usa. Aunque es posible que eso todavía no lo sepas. Y digo bien “todavía”. Cielo santo, es lo más emocionante que le ha pasado nunca a nadie que yo conozca...

—Coge aire Susan...

—Dile que me dedique algo. O mejor que me grabe un audio. O que me dé un autógrafo. O todo junto. O...

—¿Y qué te parece si te llamo cuando esté con él y que te salude?

—¡Dios mío! ¡Eres la mejor hermana del mundo! No puedo creerlo, no puedo creerlo—repetía una y otra vez como un disco rayado...

—Yo sí que no puedo creerlo, pesada. Y ahora, si me permites, tengo que terminar de hacer mil cosas para acostarme a una hora decente...

Esa noche cené una sopa caliente, pelada y mondada. No entraba más nada en mi cuerpo, estaba todo el tiempo moviendo las manos rápidamente y diciéndome un ¡qué fuerte!

Nada era lo que me imaginaba de él, absolutamente nada. Era todo lo contrario. Esperaba a un tipo egocéntrico, con la fama subida a la cabeza, chulesco, pero nada más lejos de la realidad... Era amable, educado, correcto, entregado, cercano ¡Me cago en mi puta vida!

Y ahí estaba yo, con los nervios a flor de piel, en la cama, sin poder coger el sueño y esperando a que apareciera al día, siguiente.

¿Cómo vendría? Se pusiera lo que se pusiera, estaría absolutamente ideal. ¡Si es que era un amor! ¡Y tenía unos labios de lo más “besables”! Mi imaginación se disparaba...

Conté ovejas, toros, vacas, rinocerontes y hasta dinosaurios, pero no había forma... El sueño parecía darme esquinazo.

Me imaginaba con él cocinando, cenando, tomando el vino, pero por nada me lo creía, era como una contradicción que azotaba mi cabeza y me erizaba hasta el último vello...

Contaba las horas para aquel siguiente encuentro. Resultaba curioso, pero era de una de esas personas con las que tienes la sensación de llevar toda la vida hablando... ¿Le pasaría a él lo mismo? Decisión no le había faltado para proponer ni, desde luego, a mí para aceptar...

Capítulo 2



Las ocho de la mañana y yo en planta, ni por el hecho de que ese día no tuviera que trabajar me quedaba en la cama...

Robert se levantó con mi primer pensamiento y eso me hizo resoplar. Me agobiaba el estar así por un hombre, mejor dicho, por el hombre más deseado del planeta, ¡ahí quedaba eso!

Mi apartamento era coqueto. Estaba todo decorado en blanco, los muebles, las paredes, la cocina, el sofá, era una obsesa de ese color...

Desde siempre, el blanco me había proporcionado armonía, me daba paz, pero claro, seguro que con el casoplón que tendría “el rey de la bachata”, aquello le parecería una caja de zapatos. Sin embargo, así íbamos a pasar la víspera de Navidad y es lo que había...

Me preparé el desayuno y me senté al lado de la ventana, estaba nevando. Ver nevar en Nueva York constituye un verdadero espectáculo para los sentidos y me encantaba disfrutar de esos instantes tan especiales en aquellas fechas.

Hice un repaso por mi año y sentí que los meses pasaban corriendo. El caso era llegar al día más impactante, el de ayer...

Otra vez volvía a ser el centro de atención de mis pensamientos, ahora entendía a todas esas féminas que chillaban al verlo e incluso se desmayaban. ¡Pero yo no era así! Solté el aire, esos pensamientos me agobiaban y mucho.

Pasé la mañana limpiando sobre limpio, el día anterior había venido a limpiar a fondo la chica que tenía contratada una vez en semana, así que estaba todo reluciente, pero los nervios no me dejaban parar quieta.

Sonó el teléfono. Podía haber adivinado quién estaba en el otro lado sin siquiera descolgar.

—Tu emocionada hermana Susan al aparato—dijo, sin apenas darme cuartelillo. ¿Cómo te has levantado? ¿Has podido dormir? Si yo estuviera en tu lugar, no habría pegado ni un ojo...

—Pues yo estoy aquí “limpiando mi casita, como la ratita presumida” —dije.

—¿Tu casita? Si fuera yo, te aseguro que me estaría haciendo un “tuneado completo”, de pies a cabeza...

—Tampoco hace falta exagerar—dije, quitándole importancia para no alimentar al “Huracán Susan...”

—No olvides...

—No lo olvidaré. Te hará esa llamada. Estoy segura. Es un encanto...

—Llamada nada más, ¿no? Lo prefiero a videollamada porque yo sí que me tendría que meter diez horas en el “taller de chapa y pintura” si fuera de otra forma... ¡Con tanto niño, para arriba y para abajo, estoy de lo más descuidada! —dijo, la buena de Susan...

—Llamada, llamada, no te preocupes. Ya si eso, para la siguiente...—añadí con ganas de buscarle la lengua...

—¡Madre de Dios! Si hay siguiente ya sí que me quedo loca del todo. Eso quiere decir que viene “pedrusco” de boda en camino...

—Pero ¿qué dices, locuela? Mira que eres fantasiosa... Te cuelgo, hablamos...

Me preparé para la hora que había quedado en que Robert me recogería. Me puse unos leotardos debajo del vaquero y en la parte de arriba una camiseta blanca polar, como las botas de nieve que llevaba, encima un jersey y el abrigo blanco acolchado, el frío era espectacular.

Era cuestión de combatir las bajas temperaturas neoyorkinas, ¡solo faltaba que me pusiera a tiritar cuando saliéramos y él pensara que fuera por la emoción! —aquel bobo pensamiento me hizo sonreír...

A las doce menos diez me llegó un mensaje suyo, diciendo que estaba en la puerta. Impresionante su puntualidad y yo dudando aún de si vendría.

Salí y ahí estaba con su coche blanco. Era de los míos, mi color favorito. Lo vi guapísimo, muy abrigado también, no era para menos, pero el tipo tenía un cuerpo y un rostro que deslumbraba y si encima añadimos esa sonrisa... ¡Para morir de amor!

Salió del coche a saludarme y abrirme la puerta, sonriente, cariñoso, inclusive pellizcó mi mejilla tras esos dos besos muy afectivos.

—Pase usted señorita—dijo con su educación y amabilidad características—guiñándome un ojo...

—Muchas gracias, caballero—contesté, riendo a placer...

Nos montamos en el coche y nos dirigimos a un centro comercial muy exclusivo, con un supermercado que tenía todo lo inimaginable.

— Pensé que me ibas a poner un mensaje argumentando cualquier excusa — dijo para mi sorpresa mientras conducía, exactamente lo que pensé yo por parte de él.

—Estuve a punto de hacerlo, qué pereza, con lo bien que se está en pijama todo el día —bromeé.

—¿Y quién te lo impide? Podemos pasar el día en pijama, mira, ya que vamos al centro comercial compraremos un par de ellos, hasta lo estrenaremos — sonrió.

— Capaz eres...

— Ya está decidido — me miró, me hizo un guiño y volvió a mirar hacia la carretera.

Me encantaba. Directamente me encantaba. Si era capaz de hacerlo ya moriría de amor ¿había

algo más cómodo y familiar que pasar una Nochebuena en pijama? ¿Más romántico? Ay no, la cabeza me disparaba toda serie de cosas.

— ¿Has pensado que vamos a cenar? — carraspeé.

— Yo he pensado coger un poco de todo — sonrió.

—Ajá, eso está de lujo, a derrochar como Dios manda — resoplé riendo.

— La ocasión lo requiere — fingió toser.

—¿Y en qué se diferencia esta ocasión de otras? —pregunté con curiosidad.

—Pues en que estoy con una persona a la que le apetece compartir un rato con el hombre y no con el artista.

—¿Y cómo lo sabes?

—Primero responde tú, ¿me equivoco?

—Ni un ápice—contesté.

—Ahora te toca a ti. ¿En qué lo has notado?

—Pues en todo... Simplemente en la forma de mirarme cuando entraste en la habitación de mi suite...

—Y, ¿qué denotaba esa mirada?

—Pues fijate, denotaba muchas cosas... Es más, apostaría a que ni siquiera te atraía lo más mínimo antes de conocerme. Vamos, que no eras fan mía...

—No responderé a esa pregunta si no es en presencia de mi abogado—comenté, divertida...

—Ni falta que hace, querida...

—¿Cómo tienes tanta psicología? —pregunté más cautivada todavía, si es que era posible...

—Son tablas que te dan los años y la experiencia con las personas... Como ya habrás podido imaginar, porque te tengo por una chica muy inteligente, estar “en el candelero” no quiere decir “que sea oro todo lo que reluce...”

—Imagino...

—Kyara, amo mi profesión. Cuando me subo a un escenario, a la hora de dar un concierto, y veo a esas miles de personas entregadas a mi música, me emociono, es obvio... Sientes que el universo te ha dado aquello que desde siempre soñaste...

—Vamos, que te empinas un poquito y, como ya estás arriba, casi “rozas el cielo con las manos”, ¿no?

—Más o menos... Esas son las luces, pero también tiene las sombras... Cuando los focos se apagan...

—¿Qué pasa cuando los focos se apagan?

—Pues que el artista se baja del escenario y queda el hombre. Uno más, que además paga el elevado precio de no poder estar a solas tomando un café sin que se acerquen docenas de personas...

—A pedirte una foto o lo que sea, ¿no...?

—Claro. Me debo a mi público, pero a veces no es fácil separar, ¿sabes? Si pudiera reservarme una parcelita para mí solo...

—Por eso no vendes tu vida privada...

—Nunca. No tengo necesidad y con ello, al menos, tengo que reconocer que la prensa me respeta en ese sentido. Bueno o, mejor dicho, una parte de la prensa. En cualquier caso, la que para mí tiene credibilidad...

—Y la otra...

—La otra es esa parte que vive de la vil carroña... Van a degüello... A ver lo que pillan y, si para ello tienen que maquillar la realidad o incluso, directamente inventarla, a sabiendas de que están mintiendo, lo hacen...

—Y en ese contexto...

—En ese contexto, en rara ocasión, aparece una persona que no se siente obnubilada por el personaje. Se sienta enfrente y te trata como a un igual, con toda naturalidad. Y eso es lo que deseo...

—Y de he entender que esa persona soy yo...

—Exacto, personajilla y tu actitud es la que ha coloreado mi Navidad, haciendo de una lujosa pero fría estancia en un hotel, unos días diferentes e intensos con una persona auténtica en un hogar de verdad...

—Pues gracias por la parte que me toca—dije, de lo más halagada...

—Auténtica pero impaciente—soltó, riendo...

—¿Y eso?

—Pues porque, si me hubieras dejado terminar, te habría dicho que eres una persona auténtica de esas que merece la pena conocer... Por eso decía que la ocasión...

—La de la ocasión se conforma con ese pijama y un buen caldo...

—No, eso no es espíritu navideño. Lo tuyo es pasotismo total y eso lo vamos a trabajar hoy — fingió ser un terapeuta y rio.

—Trabajar dice — solté con ironía — El que se pasa la vida “dando el cante” — lo miré de reojo.

— Por esa regla de tres, tampoco es que trabajes tanto, es más “yo doy el cante”, pero tú eres una cotilla con tus preguntas en las entrevistas, a eso que llamas trabajo — contestó bromeando.

—¿Cuántas botellas de vino dices que vas a comprar?

— ¿Te quieres emborrachar? — sonrió aparcando, con total desparpajo...

— No, pero con dos copas de vino soy más tajante, dura y rápida contestando... Me da “chispa...”

— ¿Vas a ponerte a la defensiva? — preguntó mirándome por encima del coche mientras cerraba la puerta.

— ¿Yo? ¡Soy un amor! — levanté la ceja.

—Vamos, “amor” — soltó con ironía y entramos al ascensor que nos llevaría directos a la planta del supermercado.

Fue salir y ya muchas de las cajeras que había se partieron el pescuezo para mirarlo. Ellas y la mayoría de los transeúntes. Rápidamente se situó detrás de nosotros un vigilante de seguridad. Yo me quedé flipada.

— ¿Nos está siguiendo? —pregunté incrédula.

— Claro, va a intentar que nadie nos moleste — me hizo un guiño y cogió un carro.

—Te molestaran a ti. Rápido que me voy a esperarte al coche — reí.

—No hará falta — señaló hacia atrás con un gesto, por el hecho de que el seguridad nos seguía.

—¿Siempre es así?

—Normalmente sí. Suelen ser muy condescendientes. No tengo queja...

Cerré los ojos y solté el aire. Me puse a seguirlo por allí viendo cómo cogía de todo, pero cuando digo de todo, era de todo... Vaya, lo que no comeríamos en un mes.

—¿Te piensas quedar en mi casa hasta Reyes? —pregunté resoplando al ver que seguía.

—Claro ¿Lo dudabas?

—Para nada, tendremos que comprar una docena de pijamas —sonreí con ironía.

— Ahora mismo vamos a por ellos — me hizo un guiño.

Terminó de llenar el carro “hasta la bola”, de cuanto tuvo a su alcance, desde carne, a postres, entrantes, marisco, cremas de untar caseras, de todo...

Entregó el carro y nos fuimos a una de las tiendas del centro comercial.

—¿Y no pagamos?

—Ahora venimos y nos lo tienen todo preparado en bolsas y pago, tranquila — me cogió de la mano con descaro y tiró de mí hacia una tienda de pijamas de una firma muy conocida.

— Por el precio de un pijama de ahí, me compro tres en la otra tienda — resoplé.

—El de la otra tienda te dura cuatro meses como mucho y estos, para toda la vida, así que haz números y dime qué sale más rentable. Y eso sin contar la calidad y textura — carraspeó.

El recorrido por el centro comercial estaba resultando una divertida aventura. Todo en él olía a lo mismo... Y hablando de oler, su fragancia resultaba realmente embriagadora...

Aquello era un espectáculo de pijamas, de esos cómodos, camiseta y pantalón de una caída impresionante, que te hace sentir de lo más cómoda y fresca...

Los había iguales para hombres y mujeres. Reí, cogió dos para él y dos para mí, pagó y salió sonriente...

—Eso es, ¡tú todo a lo grande! Entre la comida “para parar un tren”, los pijamas de dos en dos... ¡Cielos! ¿Es que va a estallar la guerra y yo no me he enterado?

—No, es simplemente que “hombre precavido, vale por dos...”

¡Y vaya hombre! Desde luego que iban a ser unas Navidades únicas, distintas y maravillosas.

Aquella entrevista nos había dado una preciosa oportunidad que ninguno de los dos estábamos dispuestos a desaprovechar...

Yo iba muerta de risa de la mano con él. Me llevaba como “teledirigida”, con firmeza. Él delante marcando el paso y apretando mi mano.

La verdad es que la estampa era algo cómica y lo que menos se me pasaba por la cabeza en ese momento era el hecho de que estaba con todo un mito de la canción.

Volvimos al lugar de la comida y ya le tenían preparado todo. Ni cola ni nada, qué habilidad, que bien vivían los personajes públicos.

—Podría acostumbrarme a esto—solté, de forma disparatada...

Por toda respuesta, me guiñó un ojo y su desenvoltura me hizo mucha gracia. A renglón seguido encogió los hombros, ¡era para comérselo!

Un empleado nos siguió con el carro y nos colocó todo en el maletero. Nos montamos en el coche y fuimos hacia mi apartamento.

Pusimos todas las bolsas en la cocina.

— Antes de guardar, colocar y preparar nada, nos vamos a cambiar y poner el pijama azul y blanco — dijo señalándome con el dedo y sonriendo.

—Pues lo veo una idea genial — reí y le señalé al baño para que entrara.

Yo fui a cambiarme a la habitación. Me encantaba su capacidad para llevar cualquier situación y su manera de tratarme. Me gustaba todo de él, pero no dejaba de preguntarme ¿Qué hacía Robert en mi casa pasando la víspera de Navidad conmigo? ¿Podría haber algo más surrealista?

Salí y ya estaba en la cocina sirviendo dos copas de vino. Sonriente y muy atractivo con esa camiseta de mangas cortas blanca, igual que la mía, con la salvedad de que la suya no era de tirantes. Los pantalones azules de él eran sueltos y los míos tipo mallas.

Estaba guapísimo, pensé cuando me dijo...

— Estás guapísima — puso la copa en mi mano, sonriente.

—Pronto vamos a empezar — reí brindando con él.

—Bueno, tenemos los sofás cerca — señaló con la copa.

Desde mi cocina se veía el salón pues era tipo americano, separado por una mesa de piedra que daba al salón y a la cocina.

Nos pusimos a colocar todo. Lo cierto es que era muy dispuesto. No esperaba a que le dijera nada cuando ya estaba organizando.

Cuanto más hablaba con Robert, más me daba la impresión de que parecía que lo conocía de toda la vida. Era como si hubiera una complicidad y una armonía difícil de encontrar hoy en día.

Después de organizar hasta el último detalle, preparamos el horno para hacer el pavo que habíamos comprado deshuesado y relleno, listo para meterlo y hacerlo. Nos dieron hasta la salsa que debíamos echar por encima.

—Después de mucho esfuerzo nos va a quedar delicioso, ¿no crees? —dijo, con su característico humor...

—Parece que sí. Debemos estar hechos dos chefs, de altura. Así, se pone una mesa de Nochebuena en un periquete—dije, guiñándole el ojo.

—Cualquiera que vea la estampa piensa que somos una pareja consolidada. Podría acostumbrarme a esto—añadió, repitiendo lo mismo que yo le había dicho en el centro comercial y guiñándome el ojo como solo él sabía...

Sacamos un plato con marisco y un poco de embutidos. Nos pusimos a picotear mientras charlábamos copa en mano. Me contaba muchas de sus fiestas navideñas en la isla, además de repetirme cómo había entrado en el mundo de la música y aquella supuesta “suerte”.

—Desde luego, humilde eres hasta decir basta y eso no es algo habitual en este mundo tan competitivo. Y es lo último que cabría esperar de alguien que ha llegado tan alto...

—¿Justo lo contrario de lo que pensabas encontrar? —preguntó.

—Justo eso—contesté, con total convencimiento.

—Y yo que me alegro—dijo él. Me va muy poquito lo de ser un altivo engreidillo...

En cualquier caso, yo no creía que la suerte hubiera tenido demasiado que ver. Era su carisma, su voz, su forma de moverse, todo en lo que antes yo no había reparado y ahora me encantaba de él...

Su vida no había sido un camino de rosas, pero siempre soñó con prosperar y yo le comentaba que prosperar, no, que “se había pasado tres pueblos”, llegando a lo más alto.

—¿Y por qué es tan difícil pillarte en los saraos donde se reúnen los personajes de la ciudad?

—Porque no voy a ningún lado. Solo a mis conciertos. No me gusta rodearme de fama, ni ir de fiesta, mis salidas son en mi un escenario, con mi público. Soy una persona muy tranquila. No me seduce ir a eventos a los que muchos acuden con el único fin de exponerse de forma mediática — dijo causándome un cosquilleo por el estómago.

—¿Y tu fama de Don Juan? — carraspeé.

—¿Me han pillado con alguna? Hoy por ejemplo nos pudieron hacer alguna foto que puede salir publicada, pero quitando eso ¿se me vio con alguien? — arqueó la ceja.

—La verdad es que no — pensándolo bien, tenía razón — ¿No sueles tampoco estar con mujeres? — solté una carcajada.

—Solo con las que me gustan mucho. Además, soy de relaciones duraderas — me guiñó el ojo y rellenó las copas.

—¿No lo dices por decir?

—¿Te parece que tengo necesidad de mentirte?

—Desde luego que no—dijo—En eso tienes razón...

—¿Y tú, Kyara? ¿Por qué tengo la sensación de que estamos hablando solo de mí?

—¿Eres de aventuras o de relaciones permanentes?

—Todos hemos tenido alguna aventura en la vida y yo no soy una excepción, pero finalmente entendí que siempre uno de los dos quería algo más y normalmente no terminaban bien, así que dejé de “usar” de esas...

—Y entonces, ¿qué buscas en un hombre?

—Si te soy sincera, buscar, buscar no busco nada. Tengo una vida bonita. No me puedo quejar. Sería una ingrata si lo hiciera... Otra cosa es que aparezca alguien que empiece a sumar tanto que yo misma entienda que merece la pena...

—¿Y tienes un estereotipo para ese alguien?

—Ni mucho menos. Me gusta dejarme sorprender por la vida. Puede ser de muchas maneras y aparecer en cualquier rincón...

—E incluso en cualquier suite de un lujoso hotel, ¿no te parece?

Desde luego tablas tenía “para dar y regalar”, qué duda había... Me eché a reír. No cabía otra...

Estuve descubriendo durante ese momento picoteo de comida y copa de vino, un Robert desconocido para mí, para el público, para el mundo. Nada que ver con la imagen que podríamos tener de él...

—¿Te he dicho ya que me gusta tu casa? —preguntó.

—No, pero me gusta saberlo. Supongo que la tuya debe ser “de padre y muy señor mío”. Esto debe parecerte una cajetilla de cerillas a su lado, ¿no?

—¿Te digo un secreto?

—Ya estás tardando...

—A ver, tengo varias casas. Ciertamente que la que considero como “oficial”, tipo “cuartel general” es una buena casa... En ella recibo a la prensa y he organizado algún otro evento profesional... Y aun así te digo que tampoco es tipo mansión. No soporto ese estilo...

—Debe ser una maravilla. Tiraré de hemeroteca, a ver si veo fotos por ahí—dije, dejando eso en el aire...

—Bromeas, ¿no? ¡Faltaría más! Estás invitada cuando quieras... Allí tienes tu casa...

—Pues si es mía, la venderé y seguro que con lo obtenido me retiro—dije, riendo...

—Quizás... pero a lo que me refería es a que, sin embargo, hace unos años compré la que había sido nuestra casa familiar cuando yo era un niño... Mi madre tuvo que venderla cuando enviudó, para que pudiéramos subsistir decentemente...

—¿Y ahora...?

—Ahora se ha convertido en mi refugio. Siempre que verdaderamente quiero aislarme del mundo, componer y encontrar mis raíces, me traslado allí.

—Es algo bonito...

—Sí, muy bonito. Porque, ¿sabes? Es que como una especie de salvoconducto. Siento que, mientras pueda poner los pies allí, nunca olvidaré de dónde vengo...

Se me pasó la tarde volando. Escuchábamos su música, además de algún tema navideño que ponía de vez en cuando. Me hizo casi un concierto en directo mientras preparábamos la comida para esa cena tan especial que tendríamos ese año. Dos perfectos desconocidos sentados en una misma mesa y con un mismo pijama.

—Madre mía... Estoy pensando que muchas chicas me odiarían por esto. Es todo un lujo y, entre tú y yo, te diré que suenas todavía mejor en vivo y en directo...

—Es muy halagador y el caso es que no creas que no tengo la garganta un pelín tocada los últimos días, con este frío polar que tenemos al que no termino de acostumbrarme...

—Yo también me paso el día tiritando...

—Entonces, estamos los dos apañados, con más frío que el culo de un pingüino—dijo, con una de aquellas amplias sonrisas...

—¿Necesitas cuidar mucho la garganta?

—No demasiado... Bueno, soy un tipo sano y al final eso repercute en todo. Duermo mucho, descanso bastante, vocalizo... Procuro no tomar agua fría y, siempre que siento que la tengo un poco “tocada” tomo equinácea y vitamina C... Es mi “instrumento” de trabajo, al fin y al cabo...

—Lógico... Oye, me da un poco de apuro. El caso es que tengo un favor que pedirte y...

—Pide por esa boca. No hay apuros entre nosotros...

—Verás, mi hermana Susan... Es muy fan tuya, a decir verdad, no está pasando por su mejor momento... Se ha separado hace poco, su trabajo no es “para tirar cohetes...” Necesita algún aliciente y...

—Lo que necesites...

—Pues el caso es que está loca porque le hagas una llamada y la saludes...

—Marca su número, por favor. Veamos qué podemos hacer por alegrarle la tarde...

—¿Lo harás? —dije, emocionada...

—¡E iremos a verla otro día!...

Debía ser un sueño. Todavía no había abierto la boca cuando ya tenía lo que deseaba... No era un chico común, estaba al siguiente nivel... Y eso poco tenía que ver con el hecho de que fuera o no famoso. Era especial por naturaleza...

Marqué aquel número y Susan debía tener el teléfono en la mano, a juzgar por lo poco que tardó en contestar.

—Diga...

—Eres Susan, ¿verdad? Soy Robert... “Me ha dicho un pajarito” que te apetecía que te llamara y aquí, estoy...

—¿En serio eres tú? En cuanto esta conversación termine me pellizcaré, para asegurarme... ¿Sabes? Cuando mi hermana me lo contó ayer, pensé que era una broma...

—Pues soy muy real, créeme. Entonces, ¿te gusta mi música?

—¿Bromeas? No escucho otra cosa. En mi casa eres uno más. Estás con nosotros, es decir, con los niños y conmigo, desde que pongo las tostadas en la cocina para desayunar...

—Siendo así, debería pasar algún día con Kyara para probar esas tostadas y conocer a unos fans tan maravillosos... Por otra parte, siempre que queráis venir a mis conciertos, no tenéis más que avisarme y os haré llegar entradas VIP...

—¿Lo dices en serio? Te cojo la palabra...

—Lo he dicho con esa intención. Hablamos pronto. Cualquier cosa le dices a Kyara...

Dadas las circunstancias y, sabiendo lo mucho que aquel gesto significaba para mi hermana, se lo agradecí muchísimo.

—¿No ha podido Susan venir para que pasarais juntas...?

—Bueno, podría haberlo hecho o podría haber ido yo, pero, al ser su primer año separada y, dado que se lleva fenomenal con el padre de sus hijos, lo celebran juntos para que los niños no noten la falta...

A pesar de tener el mayor de los gestos sensuales, era un hombre de lo más respetuoso, atento y educado. Era aquello de lo que toda persona debía disfrutar. Esas eran sus armas más fuertes.

Cada frase, cada conversación era de lo más interesante... Tenía un conocimiento general bastante importante, de esos que me gustaba a mí, porque se podía hablar de cualquier tema con él.

—¿Te gusta la política, Robert?

—No, reconozco que no. Intento estar al tanto de ella, pero en la política, la teoría y la práctica son tan equidistantes que al final dejé de tener interés por ella... ¿Y a ti, Kyara?

—Bueno, más o menos “tres cuartos de lo mismo...” Hubo una época en la que fui corresponsal de un programa de noticias y vi muchas cosas que no me gustaron. Tejemanajes de todos los estilos que me hicieron pensar que aquello no era más que una farsa orquestada...

—Entiendo. Algunos medios tratan de tirarme de la lengua respecto a mi ideología y demás, pero yo intento sortear las respuestas que no me interesan...

—Y eso se te da muy bien. Doy fe...

—Soy un mago del escapismo. Cuando vives de tu imagen es una opción interesante y yo hace mucho que la adopté como filosofía vida. Aparto de mi vida lo que no me interesa y atraigo lo que sí—dijo, levantando la copa a modo de brindis...

Una cosa que me llamó mucho la atención de él fue que no hablaba de lo que poseía material, sino de todo aquello que le llenaba de verdad y no era nada precisamente que el dinero pudiera comprar.

Me impresionaba por momentos, era lo más honesto y humanitario que había conocido en una persona de su calibre.

Teníamos todo listo para cuando llegara la hora. Nos sentamos un rato en el sofá a descansar antes de esa emotiva cena, entre dos personas que comenzaban a descubrirse, que quizás no se volverían a ver después de ese día...

En cualquier caso, aquella tarde se quedaría en nuestra memoria como la que compartimos con una persona que nada tenía que ver con el otro, ni con su vida ni con su entorno... Aquello era lo que lo hacía maravilloso y especial, la forma en la que se había dado todo.

Sin dudas, miré por la ventana y di gracias al universo por ese día que me había preparado. Al menos quedaría grabado como uno de los más bonitos y anecdóticos recuerdos...

Capítulo 3



Y ya estábamos sentados en esa mesa que parecía para seis comensales. No faltaba absolutamente de nada. La habíamos preparado cuidadosamente, con mucho cariño y empeño por ambas partes.

Primero comenzamos con el coctel de marisco que había preparado Robert con salsa rosa. Estaba de muerte, casi emití un gemido al primer contacto con mi boca.

—Te dije que me salía muy bueno — carraspeó.

—Pero no sabía hasta qué punto — dije volviendo a tomar otra cucharadita.

—Verás cuando pruebes la salsa para el marisco — sonrió.

—Te voy a secuestrar... Esto no se hace... Que al final...

—No hace falta. Aún faltan unos días para que llegue mi madre, me puedo quedar sin problemas de cocinero — dijo con descaro — eso sí, el veintiséis tengo que salir un ratito para “dar el cante” — soltó con sorna.

— Me estás amedrentando — resoplé riendo. ¿No lo has dicho en serio? ¿O sí?

— Ah no, solo quiero cuidar tu paladar — volteó los ojos. ¡Y claro que va en serio!

— Bueno con lo que hemos comprado sobrevivimos un mes y nos sobra comida — reí recordando lo bruto que había sido.

— Sabía que me dejarías aquí reclutado — se encogió de hombros.

—Reclutado dice — reí.

Desde la mesa se divisaban tras los cristales las luces de Navidad de las calles. Aquella era una maravilla, como los momentos tan bonitos que estaba viviendo ese día con Robert.

—¿Te gusta la Navidad de Nueva York, Robert?

—Por supuesto. No creo conocer a nadie a quien no le guste. Es una auténtica preciosidad. No obstante...

—Sigue, sigue. Me gusta escucharte. Cuéntame, por favor...

—Pues que guardo magníficos recuerdos de las Navidades de mi infancia en Puerto Rico. Sobre todo, de las de antes de fallecer mi padre...

—Háblame de las Navidades en tu país...

—Bueno, ya sabes lo que se dice, Puerto Rico tiene la Navidad más larga del mundo y es una deliciosa combinación cultural, gastronómica, religiosa y musical... Por algo la llaman “la Isla del Encanto...”

—¿Y qué se come...? Cuéntame cosas de allí...

—En mi casa solíamos comer el lechón acompañado del arroz con gandules, bueno con legumbres, los pasteles rellenos de masa de plátano o de yuca, los guineos en escabeche, la morcilla... No teníamos gran cosa, pero mis padres hacían un esfuerzo enorme porque no se notara...

—Suena muy bien. Entiendo que debió ser duro lo de tu padre...

—Sí lo fue, pero las Navidades que pasamos juntos están en mi memoria como un tesoro.

—Me alegra escuchar eso...

Noté que la nostalgia estaba haciendo mella en él y decidí cambiar de tercio...

—A ver, quiero planes para mañana...

—Mañana toca comer con el pijama rojo — dijo con descaro.

— Siempre que cocines tú...—dejé caer...

—Claro, no voy a ser tan descarado de dormir aquí y querer que también me hagan la comida — carraspeó provocando una risa en mí.

—El sofá es todo tuyo... — me encogí de hombros.

—De los dos — sonrió.

—Bueno claro, uno para ti y otro para mí — fruncí los labios provocando una sonrisa en él.

En ciertos momentos pensé que era tal la complicidad que ya no podríamos vivir el uno sin el otro ¿sería ingenua? Claro que lo era, solo por el simple hecho de pensar eso, pero era yo la que sentía ese momento, esas miradas, esas palabras...

—¿Estás a gusto? —pregunté con el deseo de escuchar lo que ya intuía...

—Mucho, bonita. ¿Y tú?

—A ver, me has recogido, me has cocinado y hasta me has regalado unos pijamas monísimos, ¡con lo que a mí me gustan! Si ya fueras famoso, serías un príncipe azul—dije, ironizando...

—No se puede tener todo—dijo, guiñándome un ojo.

Terminamos de cenar y nos servimos unas copas. Nos sentamos en el borde de la ventana del salón, de lado, mirando hacia la calle mientras seguíamos conversando con todo aquello que se nos ocurría.

Me hablaba de Puerto Rico con un cariño y una cosa que me hacía transportarme a aquel lugar

donde jugaba con la tierra de pequeño, en un entorno modesto en el que terminó viviendo solo con su madre, pero en el que era feliz...

Aquella mujer debía ser todo un ejemplo de lucha y supervivencia por sacar a su hijo hacia adelante. Él hablaba con muchísimo cariño y respeto hacia ella.

—La quieres mucho, ¿verdad? —pregunté.

—Con locura, pero no solo la quiero. También la admiro... Es una mujer sensacional y un referente en mi vida.

—Tenemos suerte de haber caído en familias así, ¿no te parece? Es algo que no puede elegirse y que marca el inicio de tu vida, ¡ahí es nada!...

—Totalmente de acuerdo...

—¿Te gustan los niños, Robert?

—Me gustan, sí... Además, siempre he pensado en tener al menos dos. La idea de un hijo único que crezca solo como yo, no es algo que me seduzca...

—Y a ti, Kyara, ¿te gustan?

—Sí. Bueno, reconozco que no tengo un instinto maternal tan desarrollado como mi hermana Susan. En mi casa ella era la tranquilita, con sus muñecas, a las que paseaba en coche de capota por el barrio mientras que yo...

—¿Tú qué?

—Que yo era el trasto que iba por la acera detrás de ella, silbando para que me dejara paso, mientras iba en patinete... Pero no significa que no me gusten. Supongo que mi reloj biológico un día hará “tic-tac...”

En esos momentos una llamada a mi móvil nos interrumpió. Eran mis padres para felicitar me por las fiestas y preguntarme qué tal estaba. Les dije que cenando con un amigo y les contentó mucho que no pasara la noche sola.

—Sí mamá, yo también estoy deseando veros—dije, a modo de despedida. Ya os queda muy poquito. Celebraremos juntos la entrada del Año Nuevo. Tengo buenas vibraciones...

—El optimismo es tu mejor virtud, mi niña. Siempre te lo he dicho. Desde que naciste eras el “cascabelito” de la casa...

—Gracias mami. De alguien la heredaría. Sois dos personas grandes y lo sabéis. Susan y yo no seríamos lo que somos sin vuestro cariño y apoyo...

Acto seguido a él le llamó su madre. Parecía que estuviéramos todos conectados, aunque realmente era lo que se solía hacer esa noche, llamar a los seres queridos que no estaban presentes en esos momentos.

—Sí mamá. No te preocupes. No estoy solo, estoy muy bien acompañado. Te gustaría verlo. Sé tus gustos—dijo, aguantando la risa mientras me miraba...

—Eso está bien hijo. Pero ¿te has quedado en el hotel?

—No, mamá. Las Navidades no son para pasarlas en un hotel. No si puedo evitarlo y en esta ocasión el destino se ha posicionado de mi lado...

—Me gusta mucho escuchar esas palabras, Robert. En unos días nos vemos, hijo mío. Aprovecha cada instante. Estamos en las fechas más entrañables del año y tú trabajas duro, te mereces unas bonitas Navidades.

—Y las estoy teniendo mamá. Descuida que así está siendo...

Recibidas las llamadas familiares, nos quedamos totalmente relajados. Nuestras miradas no paraban de cruzarse y cada vez las aguantábamos más... denotando una atracción irresistible.

Y tras dos o tres copas llegó ese momento, sin quererlo, mientras charlábamos nos fuimos acercando y nos besamos, en aquella ventaba que daba a la calle que se vestía de gala para nosotros, para esa noche...

No me lo esperaba, ni lo había siquiera planeado, pero sucedió y yo me dejé llevar por esos

labios que erizaban mi piel, que hacían que todas las mariposas que tenía dormidas revolotearan en mi estómago. Fue justamente eso lo que sentí en aquellos momentos en los que caí rendida en sus brazos...

Nos miramos sonriendo y me mordí el labio avergonzada.

Hasta para eso era todo un caballero, aunque me provocaban ganas de perderme en su cuerpo me gustaba ese tacto que tenía conmigo, sin prisas, sin acelerar nada de ese mágico momento que estaba sucediendo entre nosotros.

Nos sentamos en el sofá abrazados, dejando las copas de lado y charlando de forma más carnal, mientras nos acariciábamos y abrazábamos.

No hacía falta bromear más, sabía que esa noche se quedaría conmigo, ahí, donde yo quería. Por nada del mundo deseaba que se marchara por el momento. Necesitaba seguir disfrutando de ese hombre que nada tenía que ver con su figura pública.

Tras estar dos horas más así decidimos tendernos, ponernos cómodos para dormir y le permití que entrara conmigo en la cama. Por supuesto no lo iba a dejar en el sofá, era recatada pero no tonta, sentía que necesitaba tenerlo cerca, al menos por esa noche.

—Ven conmigo, anda—dije, mientras tiraba de él hacia el dormitorio...

—Esto sí que es hospitalidad, y todo un privilegio—añadió, sacando mi sonrisa...

—No estaba planeado. Es simplemente... lo que me pide el cuerpo—añadí.

—Pues mira tú por dónde, a mí me pide exactamente lo mismo—dijo, con cara picarona...

No pasó nada entre nosotros hasta que nos dormimos, más que besos y caricias robadas, luego caímos en los brazos de Morfeo...

En algún momento de la noche abrí los ojos y sonreí al comprobar que estaba ahí, que no se trataba de ningún sueño. Además, su actitud era de lo más cariñosa.

Despertamos sobre las diez de la mañana, yo con un pie por encima de él y él con su mano sobre

mi cintura y besando mi frente como si lleváramos toda la vida juntos.

No me podía creer verme de esa guisa ante Robert. Sonreí poniendo mis manos sobre mi cara y me las apartó inmediatamente.

—Estás preciosa recién levantada, no te cubras la cara — sonreía.

—Me muero de la vergüenza — me la volví a tapar.

— No debes sentirla — levantó la ceja y me besó.

—Pues no puedo evitarlo—dije y vuelta a tapar...

—Ya sabes que no hay nada que me guste más que la naturalidad y, si bonita estabas antes de ayer cuando llegaste arreglada a mi suite, más bonita estás así, sin una gota de maquillaje...

Tras unos abrazos y besos, me levanté y fui a ducharme, me puse el otro pijama. Era como el del día anterior, pero con los pantalones en rojo. Después él hizo lo mismo, mientras me fui a la cocina a preparar el café y unos sándwiches de jamón y queso, con mantequilla.

Llegó sonriente, cogió la taza y le dio un sorbo, luego me agarró por detrás y me abrazó cariñosamente.

— Feliz Navidad, preciosa — dijo a mi oído.

—Feliz Navidad, Robert — sonreí sujetando sus manos en mi cintura mientras me besaba el cuello.

— Gracias por todo — besó fuerte mi mejilla.

—Gracias a ti, por estar — dije a punto de llorar de la emoción de ese momento.

Desayunamos en la tranquilidad de ese día donde la ciudad estaba parada por completo. Se notaba la calma, el espíritu navideño, se palpaba esa magia...

—¿Sabes una sensación que me gusta mucho? —pregunté.

—No tengo ni idea, pero deseo saberlo...

—Pues ese enorme contraste entre el bullicio de los días laborales y la absoluta paz de los días de fiesta...

—Sí. Son esos contrastes tan magníficos de la vida... Es preciosa, ¿no opinas lo mismo?

—Y tanto. La vida es maravillosa “de pe a pa”. Soy una enamorada de la vida...

—¿De la vida nada más? —preguntó, sacando la lengua.

—¡Tienes un bocado en esa lengua! —dije...

Sus carcajadas sonaron en toda la casa...

La mañana la pasamos relajados en el sofá, viendo una película de comedia romántica americana de Navidad. Nos reímos y emocionamos a parte iguales, estaba descubriendo al Robert más sereno, sensible y tierno.

—No hay duda de que los mejores momentos de la vida son los improvisados—soltó...

—Opino igual y...

—Y lo mejor de todo es la sorpresa de no saber nunca cuándo esta maquinaria tan chula se vuelve a poner en marcha...

—No sé de qué me hablas—dije, haciéndole burla...

Cada vez tenía más esa sensación de conocer a Robert de toda la vida. Era algo que tenía presente con cada momento de complicidad que estábamos viviendo...

Cerca de la hora de la comida preparamos otra mesa como la de la noche anterior. Era el día de Navidad y la ocasión lo volvía a requerir.

Robert era un manitas en la cocina. A mí tampoco se me daba mal, me encantaba escucharlo cantar

esas bachatas tan románticas mientras cocinaba y me miraba haciendo algún que otro guiño de ojos.

Nos sentamos a comer en la mesa pequeña que había junto a la ventana. Allí, mirando a la calle, de vez en cuando se veía gente pasear, pero nada que ver con el bullicio que normalmente había en la ciudad.

Las luces y lluvia eran ese día los que marcaban la jornada, pero en la casa se estaba de muerte, con Robert que hacía que todo marchara de una forma fluida y amena.

—¡Esto es vida, bonita! ¡Esto es vida! —reía, entusiasmado... ¡Ven acá! ¡Baila conmigo!

Y ambos convertimos mi salón en una improvisada pista de baile...

No tenía ni idea de cuándo se iría, pero yo quería disfrutar del momento, de cada instante que tenía la suerte de vivir a su lado. No por ser lo que representaba para el mundo, sino lo que yo había descubierto que era para mí y nada tenía que ver con ese fenómeno de masas.

Robert era mucho más de lo que aparentaba en ese mundo paralelo a su vida verdadera, esa que era la que me había conquistado. Esa era la parte que me había calado hondo y con la que me quedaba.

Tras la comida nos preparamos un café y nos fuimos al sofá. Una vez lo hubimos tomado me tiró sobre él, de costado. Comenzó a tocar mi cabello y a masajear mi cabeza. Sus manos eran celestiales.

Nos besamos y ocurrió. Comenzó a deshacerse de mis prendas hasta dejarme completamente desnuda, ¿sería eso lo que iba buscando desde que llegó? Me daba igual, yo tenía claro que lo deseaba y que aquello más allá de haberlo esperado, él lo estaba disfrutando como yo.

Mordisqueaba mi cuerpo, con bocados cortos y suaves, por todos lados hasta posarse entre mis piernas y hacerme elevar al máximo. Jadeé al sentirlo jugar con mi clítoris...

Aquella sensación de placer me proporcionó un subidón que embargó mi cuerpo y lo sacudió a un mundo de excitación prolongada en la que yo comenzaba a acelerarme de forma bestial.

Sus manos ayudaron a que llegara a ese orgasmo que ya iba pidiendo a chillidos, casi caí desmayada...

Se puso un preservativo y abrió mis piernas. Las mantuvo en alto con sus manos mientras me penetraba. Notaba cómo temblaba todo mi cuerpo y una sacudida de placer volvió a envolverme sin tregua.

Lo hizo mirándome a los ojos, con ese rostro angelical y sensual a partes iguales, aquello era todo un momento de lo más placentero y excitante.

Terminamos de hacerlo y cayó sobre mí, apartando mi pelo de la cara con cuidado, besando mis labios con unos ojos que ardían en deseos. Ese era el Robert que me atrapaba por momentos y no podía esperar menos de él.

Pasamos la tarde en aquel sofá, dueños del precioso momento que estábamos viviendo y que yo sentía que era cien por cien compartido. No sabía qué me depararía la noche, pero deseaba con todas mis fuerzas que la pasara conmigo de nuevo.

Y la tarde llegó a su fin...

—¿Tienes hambre, bonita?

—Lo dices en broma, ¿no? Estoy como si me hubiera comido “una vaca rellena de parajitos” — contesté.

—Jaja, sí que hemos comido. Tendremos que ir haciendo algo de ejercicio estos días para ir bajando todo esto que nos estamos “metiendo entre pecho y espalda”. O me temo que pronto nos pasará factura...

—Y algunos se lo pueden permitir menos que otras—dije. ¿Qué dirían tus fans...? Esos millones de miradas que se posan en tu cuerpo...

—Es parte de mi trabajo, quiera yo o no... Es innegable que el físico vende...

—Hombre y si hablamos de uno como el tuyo que “estás más bueno que el queso...”

—Pues entonces ya somos dos... Me pierdo en esas caderas baby... No necesito ver más allá... ¿Seguimos piropeándonos o cenamos? —arqueó la ceja.

Nos tomamos un caldo. Estábamos a reventar de tanto comer y ya no podíamos más. Tocaba cenar suave y luego nos echamos a ver una película.

No hizo falta hablar nada. Sabía que esa noche se volvería a quedar conmigo y eso me hacía muy feliz. Realmente la mujer más feliz de este planeta.

Tras la película nos tomamos un chocolate caliente, se nos antojó a los dos, momento azúcar total, como el que estábamos teniendo esos dos días, en los que éramos los protagonistas de esa historia sin tiempo determinado, pero con las ganas de vivir ese momento...

Nos fuimos a la cama y allí volvió a suceder. Era imposible que no pasara, dos personas que se gustaban, se atraían como imanes, se hacían reír, sentían complicidad, se deseaban ¿cómo no iba a volver a pasar?

Notaba a Robert con un brillo especial en su mirada. Había algo en él que me llamaba mucho la atención, como si quiera decirme o contarme algo que pensaba en todo momento, pero no se atrevía...

Mentiría como una bellaca si dijera que aquello no me ponía nerviosa, a pesar de sentir que era algo bonito. Desde luego, no pensé en nada extraño, ni me monté ninguna película. Tenía la intuición que era algo que me gustaría escuchar...

Me recostó sobre él y comenzó a tocarme el pelo después de haber tenido ese momento tan intenso...

Me parecía que iba llegando nuestro final. Al día siguiente daría un concierto y se tendría que ir. Además, en breve llegaría la madre para pasar el Fin de Año con él. Me daba tristeza saber que teníamos las horas contadas. Era lo que más triste me ponía...

Me costó dormirme a pesar de sus caricias, abrazos, mimos y todo aquello que él sabía darme, pero yo no podía dormir... Se me escapó algún que otro suspiro, solo de pensar el momento que atravesara la puerta, me partía el alma...

A pesar de no ser muy católica esa noche le pedí a todos los santos y arcángeles que hicieran algo para que aquello permaneciera un tiempo más, para que pudiera seguir disfrutando de alguna forma de más momentos con Robert...

Aquel hombre había llegado a mi vida de forma fortuita y me había hecho la mujer más feliz y deseada del mundo, pues así me sentía a su lado, como si no existiera nadie más, como si en el universo solo habitáramos él y yo...

Después de batallar mucho, el sueño me fue rindiendo, pero sin soltarle. Él iba a dormir agobiado esa noche, pero necesitaba sentir su contacto, sus brazos sobre mí, esos besos que me regalaba a cada momento ¿me estaría enamorando? No lo sabía, pero aquello era mucho más que un simple deseo de Navidad.

Capítulo 4



¿Y Robert? Fue mi pregunta al descubrir que no estaba en mi cama, pero un ruido en la cocina me hizo salir rápidamente de dudas...

Me metí en la ducha y me puse una camiseta de mangas cortas de pico y unos leggins. Tocaba cambiar de aires y dejar los pijamas a un lado... Al salir descubrí que él también estaba como yo, vestido y sonriente.

Tenía el desayuno preparado.

—Buenos días, estás preciosa — me dio un abrazo.

—Buenos días, Robert — me puse mimosa entre sus brazos.

—¿Tienes que hacer algo de trabajo hoy?

—Nada — dije separándome para comer una de esas succulentas tostadas.

—Pues perfecto. Prepara una pequeña bolsa de viaje que después del desayuno nos vamos.

Lo miré extrañada, pero en mi interior sentí un subidón tremendo.

—Nos vamos a mi casa, luego de concierto y más tarde volvemos a dormir en ella.

—¿Y todo eso dónde está firmado? — pregunté bromeando.

—Aquí —se acercó y me besó.

Joder qué subidón más grande tenía ¿podía ser más emocionante algo que saber que volvía a pasar el día con él?

—Bien, me has terminado de convencer — sonreí.

—Pues manos a la obra, a desayunar y nos vamos — sonrió — Hoy el día será movidito pero muy excitante.

—¿Más que el de ayer? —volteé los ojos.

—Según cómo se mire — rio sabiendo de mi doble sentido.

Terminamos de desayunar. Preparé una bolsa con pijama, ropa interior, varios conjuntos para cambiarme, mis cosas personales de aseo y ¡lista!

—¡Marchando! —dije...

—Un precioso día, una maravillosa compañía y un concierto nocturno, ¡no se puede pedir más...!
—añadió...

Nos montamos en su coche y nos dirigimos a su casa. Un pedazo de casoplón en una de las urbanizaciones más lujosas de New York, increíble aquello, una preciosidad ubicada en plena ciudad. Sin embargo, no denotaba ostentación. Era un portento de edificación, pero sin aire de mansión...

—Pues sí que tenías razón al decirme que estaba invitada cuando quisiera. No imaginaba que sería tan pronto—dije...

—Yo ya lo sabía desde ese mismo momento, pero ¿qué sería la vida sin el factor sorpresa?

—En eso tienes razón...

—¿Y en qué no? —arqueó la ceja...

Era una casa de dos plantas, con jardín, piscina, un salón de grande como mi casa o más, al igual que la cocina... Moderna y funcional, así podía definirse.

Los exteriores eran preciosos, igual que las zonas comunes y lo que más me llamaba la atención eran sus pequeños detalles decorativos, que identificaba mucho con la personalidad de Robert.

Algunos exponentes del movimiento pop art y arte abstracto salpicado de ciertos detalles de inspiración tropical imprimían el sello distintivo de una casa que poco tenía que ninguna de aquellas mansiones en las que había puesto los pies para entrevistar a personajes famosos.

—Me gusta tu casa, tiene un aire, a ver, cómo lo definiría, un aire...

—Arranca la moto, bonita...—rio, divertido...

—Un aire Robert, vaya...

Tenía una mujer al servicio que estaba en todo momento en la cocina, o limpiando por el interior de la casa. Siempre iba por las mañanas según me contaba Robert.

Estaba todo muy bonito, sobrio, nada de recargado, algo que odiaba en las casas, pero esta era muy parecida en el mobiliario a la mía, muy despejado y blanco todo, pero con los detalles que ya he mencionado...

Había un precioso árbol de Navidad en una de las esquinas del salón, cerca de la chimenea. Era una pasada, de lo más elegante que había visto, entero en blanco, rojo y dorado.

Nos sentamos al lado de la chimenea y más tarde nos sirvieron el almuerzo en el salón. Todo comida casera. Unas lentejas que estaban de muerte, además de unos nuggets de pollo caseros, hechos por Melissa, la señora del servicio que era muy simpática.

Tras el almuerzo nos fuimos para el concierto. Él tenía que hacer unas pruebas. Un chófer nos recogió en su casa.

—Te noto distinto—dije. Más...

—Con el “modo artista” activado. Supongo que es a eso a lo que te refieres. Disculpa llega un momento en el que ya me concentro...

—Nada que disculpar... ¡Faltaría más!... ¿Sigue imponiendo?

—¿Subirte al escenario? ¿A eso te refieres?

—Sí, a eso...

—Siempre y, además, quienes llevan toda la vida en esto dicen que los nervios nunca se van, que te acompañan en toda tu carrera, como una parte más de tu vida artística. Es más...

—Cuenta...

—Dicen que, si alguna vez ya no los sientes, ¡date por muerto! Has perdido la pasión por lo que hacías... Es como...

—¿Cómo sucede con las parejas?

—Justo. Sabes que todo va bien mientras la pasión te da los “buenos días” y las “buenas noches”. Si alguna vez te dice “adiós...” ¡Mala señal!

—¿Y tú eres de mantener la pasión, Robert?

—Yo soy de sacarle todo el jugo a la vida, preciosa y no sé vivir sin pasión. Creo que eso responde a tu pregunta...

Llegamos al Central Park. Podía imaginar pocos escenarios mejores para un concierto. Aquello estaba preparado precioso además de ese imponente árbol que hacía que el lugar rezumara magia por doquier...

—Estás en tu casa, nuevamente, bonita... No puedo tenerte justo a mi lado, pero sí lo más cerca posible. Lo único que espero es que lo disfrutes...

—No tengas ningún género de dudas. Esto es para vivirlo a tope... ¡Vaya experiencia!...

Me quedé abajo a un lado del escenario mirando cómo ensayaba. Era impresionante. Lo llevaba en la sangre, era pura melodía. Constituía todo un espectáculo en sí mismo ver a ese hombre allí, moviéndose a ritmo de esas bachatas que parecían baladas.

Tras la prueba nos metimos en su camerino a tomar un chocolate con unos pasteles que habían traído. Yo estaba flipando, iba a ser un momento que no olvidaría. Era algo que iba a quedar grabado en mi retina para siempre.

—¿A qué es distinto el mundo de la farándula desde dentro? —preguntó.

—Es, es... —me quedé sin palabras.

—Para mí es emocionante. Y cien por cien adictivo. Así lo definiría yo—dijo. Y desde luego que no se equivocaba...

—Supongo que lo que se siente es...

—Pura adrenalina—terminó de decir él la frase en la que yo estaba pensando.

—Jolines, ¡lo tenía en la punta de la lengua!

—¡Y de ahí justo lo he sacado! —contestó, de lo más risueño, mientras me daba un beso.

Más tarde comenzó a ver la gente preparándose, aglomerada lo más cerca posible al escenario. Llegó un momento en que aquello era algo digno de ver, miles y miles de personas rodeando todo aquello, chillando nerviosa por ver a su ídolo. La piel se me iba erizando por momentos.

Yo me quedé en la mejor zona, con todos los técnicos, organizadores y demás que tenían que controlar el evento. ¡Me sentía una auténtica privilegiada!

Robert se fue a cambiar y le iban a maquillar. Yo me quedé con un café en las manos esperando. Era su momento y yo lo quería vivir desde un discreto segundo plano, pero en primera fila.

Y la música comenzó a sonar, las luces se apagaron. Solo se veía el imponente árbol de Navidad y

las pantallas del escenario...

Hasta que llegó el momento más esperado: Robert salió, desatando la euforia de sus fans. Miles y miles de personas chillando al ver cómo comenzaba con un tema bestial que puso al público a completo a corear y a alumbrar con sus móviles...

Era todo un espectáculo. Yo no paraba de tomar fotos y grabar videos...Algunos se los iba enviado sobre la marcha a mi hermana Susan, que los recibía, absolutamente emocionada...

En muchos momentos, Robert se acercaba al lugar en el que yo estaba y soltaba alguna frase preciosa de la canción mirándome, buscando mi sonrisa y complicidad. Ese hombre iba a conseguir que perdiera la cabeza...

Disfruté del concierto como una niña pequeña. Cuando terminó me fui para la zona en la que se estaba duchando y cambiando, me abrazó sonriente y le expliqué todo lo que había vivido durante su actuación. Él tenía una mano en mi hombro y la otra pellizcaba feliz mi mejilla.

—¿Lo has disfrutado, preciosa?

—¡Buah! Estoy exultante ... me quedo sin habla... Es demasiado, es algo que está a otro nivel...

—Pues esa era la idea, que vivieras la experiencia de primera mano. ¿Entiendes ahora por qué digo que para mí es adictivo? No sabría vivir sin esto...

¡Y tanto que lo entendía! En aquel momento me enamoré más todavía de él...Había que ser muy grande para que toda aquella parafernalia no se te subiera a la cabeza...

—Lo entiendo y estaba pensando que hay que “tener la cabeza muy bien amueblada” para saber gestionar todo esto sin que se te vaya de las manos...

—Supongo que va con la persona. Cuando me bajo del escenario me olvido un poco y vuelvo a ser el chico normal de siempre, ¿y sabes qué?

—Que creo que así es más emocionante porque eso me da la oportunidad de volver a transformarme en el artista la siguiente vez que tengo que subir... Creo que, si siempre tuviera puesta la “mochila” de artista, perdería mucho...

Nos llevaron de vuelta a su casa. Ya no tenía ninguna actuación hasta finales de enero. Con aquella había cerrado el año y bien cerrado, pues había sido un exitoso concierto, como todos, era un fenómeno, eso no lo conseguía cualquiera, no de esa manera tan imponente...

—¿Quieres que miremos lo que dicen del concierto en los medios? —dije...

—¡Ni de coña! Este es nuestro momento, íntimo y personal y el trabajo se queda fuera... Ya te he comentado que procuro no mezclar... ¡Y creo que he dado con una fórmula que me funciona!

—Pero ¿de verdad no te interesa saber lo que dicen de ti...?

—No, verás... En el escenario procuro darlo todo, pero eso no quiere decir que, como humano que soy, unos días esté más inspirado que otros...

—Lógico, entiendo...

—Sin embargo, seguro que te pasa lo mismo, ¿tú necesitas que alguien te diga qué día has estado especialmente brillante o certera en una entrevista?

—No, lo sé por mí misma, incluso antes de terminarla. No siempre dominas igual la situación o...

—Pues exactamente igual me pasa a mí. No obstante, muchas veces lo que yo siento al respecto y lo que publican es meridianamente distinto. Al principio, me llevé más de un berrinche...

—¿Y después?

—Después dije que a la mierda las críticas. No estaría a merced de lo que quisieran publicar ese día o de lo que obedeciera a determinados intereses, con perdón para tu profesión que sé que hay muchos que, como tú, la ejercen con total dignidad...

Cada vez me sentía más atraída por su filosofía de vida. Eran mucho sus planteamientos que me dejaban obnubilada. Tenía que reconocer que había mucha verdad en sus palabras y yo conocía de primera mano los entresijos de mi profesión...

Nos tiramos en el sofá con una copa de Baileys que había preparado Robert. Estaba cariñoso y feliz de haberme tenido durante el concierto y yo era consciente de ello. Me había mirado mil

veces, dedicándome sus canciones y eso me había emocionado mucho.

El día había sido demasiado bonito y había que brindar por ello... Y, si le sumábamos que todo había sido inesperado, el cóctel era perfecto.

Terminamos ahí deshaciéndonos en besos, caricias y cómo no, en esa alfombra frente a la chimenea haciéndolo. Era un momento de esos en los que parece que se te va la vida en ello. Robert tenía una capacidad de arrastrar sexualmente que ponía los vellos de punta.

Me encantaba estar con él. Sentirme en sus brazos, hacerlo de mil maneras, era algo descomunal y no quería desaprovechar ninguna oportunidad ¿me estaba enamorando?

Ni pensar quería en esa idea que luego me dejaría como un trapo llorando en un rincón del sofá. Esto era un regalo de Navidad para recordar toda la vida y punto, así tenía que verlo, como una de las mejores Navidades de mi vida.

—¿En qué piensas, Kyara? Si puede saberse...

Madre mía, después de ser un mito viviente de la canción, estar como un tren y comportarse como un auténtico caballero, era tan intuitivo que parecía que se había tragado una bola de cristal...

—En nada en especial—respondí, muerta de vergüenza de pensar que él supiera que estaba dándole ya vueltas al coco por lo que pasaría más adelante...

Esa noche dormimos de nuevos juntos, pero en su casa, abrazados, llenando mi vida de tiernos besos que hacían derretir mi corazón, ¡la que había liado en mi vida el fenómeno este!

—¡Buenos días, preciosa!

—¡Buenos días, bonito de cara! Esta noche te he sido infiel en sueños—solté...

—¿Y eso? —preguntó él, curioso y divertido a la vez...

—Verás, porque he soñado que iba de concierto y, perdóname, pero lo que vi era insuperable...

—Algo puedo imaginarme, cosita linda... Tengo una vaga idea de lo que es vivir entre flashes...

Bajamos al salón y Melissa no tardó en ponernos el desayuno, lo hicimos mirando hacia fuera. Volvía a nevar, solo había dado una tregua el día anterior para el concierto, había tenido mucha suerte.

—¿No te parece tremendamente romántica la nieve? —preguntó.

—¡Me encanta! Me parece romántica, espectacular, divertida...

—¿Divertida?

—¡Y tanto! No te imaginas los bolazos de nieve que le daba a Susan de pequeña. Pobre mía, la llevaba “por la calle de la amargura...”

—¡Tú eras un trasto, muchacha!

—Sí y ella de una formalidad que me provocaba. Y como los días de nieve no podía coger el patinete e ir a competir con los chicos, ¡en algo tenía que distraerme!

—¡Pobre Susan! ¡Cuánto tenemos que compensarle! Ya buscaremos el modo—guiñó el ojo.

—Te apuesto lo que quieras a que soy sopotocientas veces mejor que tú tirando bolas—dije.

—Tú eres muy chulilla, ¿no? Pues sabes lo que te digo, ¡que las palabras se las lleva el viento! Eso que dices vas a tener que demostrarlo...

Y dicho y hecho. Salimos al jardín y comenzamos una divertidísima guerra de bolas que terminé ganando yo, no sin antes acabar los dos dando volteretas por el suelo y poniéndonos chorreando, ¡se nos podía exprimir!

—¡Madre del amor hermoso! —exclamó Melissa cuando nos vio...—Robert, esa garganta... ¡luego no quiero quejas! —volvió a decir riendo...

Ahora tengo unas merecidas vacaciones Melissa y pienso sacarles hasta la última gota de jugo...

Nos fuimos a pasear por la ciudad, bien abrigados. Además, él iba con la capucha y unas gafas de sol y casi nadie lo reconocía. Eso nos dio una tregua...

Pudimos adentrarnos en aquella jungla urbana plácidamente. Me encantaba ir agarrada de su codo, mirando escaparates y comprando algún que otro capricho que por cierto no me dejó pagar en ningún momento...

Finalmente, mis padres llevaban el treinta por la mañana, al igual que su madre, así que nos quedaban tres días por delante y él propuso pasarlos juntos. Por supuesto acepté.

—Tenemos que disfrutar de estas fechas así, juntos y desde el anonimato total. ¡Esto es vida! —decía él, casi brincando por las preciosas calles que aquellos días lucían más que nunca...

Mientras paseaba aún podía escuchar la música de su concierto y las imágenes de él con esa soltura y desparpajo. Me encantaba. Ahora sí que me iba a convertir en su fan número uno.

Robert estaba atento a mí en todo momento y muy juguetón. Lo veía disfrutar tanto como yo y eso me tranquilizaba, era maravilloso...

—Hacía mucho que no pasaba unas Navidades así—dijo—Tanto, que no puedo ni recordarlo... Fue una suerte que entraras tú por la puerta para hacer aquella entrevista...

—El destino, que a veces es caprichoso y hace de las suyas—guiñé un ojo.

No podía imaginar felicidad mayor. Era como, si cada vez que yo pensaba algo, él se adelantara y lo dijera. ¿Se habría tragado de verdad la dichosa bola de cristal?

Paseamos durante todo el día. Por la noche nos fuimos a recoger las cosas a su casa. Le había pedido que se quedara en la mía, me hacía sentir mejor, no sé por qué, pero al menos allí lo tenía en mi terreno y yo estaba más cómoda...

Esa noche nos quedamos dormidos temprano. Estábamos agotados del día que habíamos pasado por la ciudad, además de haber hecho una infinidad de fotos que guardaría como el mayor de mis tesoros.

—Me encantas — dijo echando mi pelo hacia atrás mientras nos quedábamos dormidos.

—Tú a mí también — suspiré.

—Estoy pensando algo...

—Dime — sonreí, temía cuando él pensaba.

—Mi mamá y yo vamos a pasar la noche de Fin de Año solos ¿Qué les parecerá a tus padres que nos unamos todos?

Un cosquilleo recorrió mi cuerpo y aguanté para no llorar de la emoción.

—Les parecerá genial, por supuesto, no lo dudes.

—¿En tu casa o en la mía? — sonrió besando mi frente.

—Yo diría que aquí...

—Pues aquí, no se diga más.

La emoción me embargó hasta el punto de que era incapaz de dormir. De nuevo se había adelantado a uno de mis pensamientos, esta vez en forma de deseo. Aquello cobraba cada vez más forma y esa forma se parecía cada vez a lo que yo entendía por amor...

Nos quedamos abrazados felices. Me encantaba la idea de pasar con ellos el Fin de Año. Además, conociendo a mis padres se alegrarían. No pondrían ningún inconveniente, todo lo contrario, lo recibirían con los brazos abiertos.

Los dos siguientes días lo pasamos por la ciudad, en casa, cocinando, comiendo en la calle y un sinfín de cosas que nos mantuvieron de lo más entretenidos, con el adorno de esos momentos de fogosidad que no podían faltar una o dos veces en el día.

Todo estaba siendo demasiado bonito, demasiado perfecto para que solo pudiera durar unas Navidades...

Me resistía a pensar aquello. El destino no iba a jugarme aquella mala pasada y, la actitud de Robert, solo indicaba una dirección: la de la seguridad...

El treinta por la mañana nos despedimos temprano. Tenía que ir al aeropuerto a recoger a su madre. Mis padres llegarían por la tarde, así que pasé el día nerviosa, preparando todo. Fui a comprar, aunque sabía que al día siguiente con ellos haríamos todavía más compras.

Mis padres llegaron por la tarde, me comieron a besos y abrazos. Merendamos en el sofá relajados y les hablé de Robert. Por supuesto sabían quién era, les vendí la moto de que era un amigo y que me había cedido una de sus mejores entrevistas que se vería estos días en los medios.

Les pareció perfecta la idea de que se unieran a la cena. Mi madre dijo que se tenía que hacer una foto con él de lo más cariñosa para subirla al Facebook. Conociendo a Robert no le importaría así que nada, era cosa de ellos, la que no lo haría sería yo, para eso era muy meticulosa.

Esa noche preparó mi padre una sopa de pollo y verdura que me encantaba. Luego vimos un poco la tele mientras charlábamos y me contaban de su vida en Miami.

Por mi parte, tenía ganas de volver a ir una semana a tomar el sol y disfrutar de la playa. Eso era vida y ellos ya merecían vivirla de esa manera, algo que me encantaba, el verlos así de felices.

A la mañana siguiente desayunamos en casa. Mi padre preparó todo y luego nos fuimos a comprar lo relativo a la cena. Robert había dejado bastante dinero en el cajón del recibidor para la comida, pero ya lo avisé que no se tocaría, correría a cargo de mis padres, ellos eran así y no podíamos quitarle la idea.

Compramos de todo. Pasamos la tarde cocinando, preparando un montón de cosas de las que a mis padres les gustaba poner sobre la mesa, sin olvidar el marisco, ese que tanto gustaba a Robert y a los demás.

Mi madre hizo una tarta de tres chocolates, sobre un molde de un árbol de Navidad. Quedó preciosa y tenía una pinta increíble, la verdad que sus dotes para la cocina eran únicas...

Ya estaba todo listo, comenzamos a ducharnos y vestirnos. Yo me puse un pantalón ajustado pitillo en negro, con unas botas altas y una camiseta con un escote bien pronunciado. El pelo me lo hice de bucles con las planchas que eran una maravilla, me veía guapísima, mis padres no dejaban de

decírmelo.

Esa noche estrené el perfume que me habían traído de Miami. Era perfecto para la ocasión, una fragancia fuerte, pero a la vez fresca, me encantaba.

Me miré al espejo, de lado, de frente, hice morros, me toqué el pelo para ponerlo perfectamente colocado y sentí que ya no faltaba nada, ya volvía a verlo...

Esas últimas veinticuatro horas lo había echado mucho de menos y tal sensación me producía un poco de inquietud, quizás por el mucho tiempo que llevaba sin experimentarla...

Esperando a Robert, comprobé que tenía “el baile de San Vito” en las piernas y lo que me hizo gracia es que mis padres también lo notaron...

—Kyara cariño, ¿es un movimiento sísmico o eres tú que no paras quieta?

—Creo que soy mamá, perdona—reí.

—Nada que perdonar mi niña, solo que un poco sospechoso me parece a mí tanto meneo de piernas por la llegada de un amigo—guiñó un ojo.

Fue entonces cuando pensé aquello de que “más sabe el diablo por viejo que por diablo”.

Capítulo 5



El timbre sonó y salí a abrir. Ahí estaba Robert con una amplia sonrisa y su adorable madre de su mano, era mayor, muy pequeñita, con una sonrisa entrañable y no tardó en abrazarme.

—Kyara, bonita—estaba deseando conocerte. Mi hijo me había dicho que eras una chica muy guapa, pero se ha quedado corto...—comentó.

—Es usted muy amable. De veras que se lo agradezco...

—No me llames de usted, cariño. Y ahora, con tu permiso, vamos a pasar que estoy deseando sentarme. Y, por cierto, no te he dicho, me llamo Beatriz, aunque quizás lo sepas por mi hijo.

—Sí, Beatriz, lo sabía. Yo también estaba deseando conocerte y, por supuesto, pasad. Estáis en vuestra casa...

Les presenté a mis padres, que no tardaron en ponerles una copa de vino, su mamá le encantaba, pese a mi asombro, agarró la copa feliz y comenzó a tomarla.

—Robert, Beatriz, ellos son Karen y John, mis padres—dije.

—Ya estábamos deseando que llegaraís. Nuestra hija nos ha hablado maravillas de vosotros—dijo mi padre, tendiéndoles la mano.

—Yo también tenía ganas de conocerlos, señor. A usted y a su esposa —respondió Robert al estrecharle la mano a mi padre.

—No, no, lo que le ha dicho tu madre a Kyara, lo hago extensivo. Vamos a tutearnos, por favor— dijo mi padre—Al fin y al cabo, estamos aquí para pasar una de las noches más importantes del año juntos. Eso ya es un vínculo...

—Yo sí que tenía ganas de conoceros, hijo—añadió mi madre de lo más cariñosa. A mí me vas a tener que perdonar, pero necesito demostrar que he estado contigo o reviento—dijo, provocando las risas de todos...

Mi madre cómo no, se hizo una foto con él delante del árbol de Navidad y le pidió permiso para subirla a las redes. Él no solo se lo dio, sino que la “obligó” a etiquetarlo, cosa que yo sonreía negando con la cabeza. Parecían dos niños pequeños...

La mamá de él no paraba de tener momentos cariñosos con nosotros, era mayor de lo que me había imaginado e inspiraba una ternura espectacular.

—Beatriz, ¿y cómo es eso de tener a todo un fenómeno mundial de la música como hijo? — preguntó mi madre en un momento dado...

—Pues igual que tener cualquier otro. Verás, Karen, cuando tengo que darle “un tirón de orejas” o “leerle la cartilla” lo hago y punto, como en su época de niño. Para mí sigue siendo mi pequeño Robert y además he tenido la suerte de que no ha cambiado en nada...

—Pero al principio tuvo que ser impactante, ¿no? —volvió a preguntar...

—Bueno, sí... Cuando empezó a despuntar en la música abríamos la puerta por la mañana y la cola de chicas doblaba la esquina de nuestra calle... Si es que no lo dejaban ni salir al pobrecito... Ahora que yo...

—Mamá, no cuentes esas cosas, anda. Eres un caso...

—No sé lo que será, pero cuéntalo, Beatriz, que estoy deseando saber—dije.

—Pues que yo cogía el palo de la escoba y les decía bromeando: “o lo dejáis salir o reparto palos

hasta en el carné de identidad”. Y las chicas se morían de la risa...

—Debía ser la monda...—dije.

—Sí. Todas eran chicas nuevas, las del barrio eran amigas de Robert de siempre, pero aquella legión... llegaban desde cualquier lugar solo para hacerse una foto con él...

—Pero en el fondo te haría mucha gracia, ¿no, Beatriz? —pregunté.

—Sí, querida, claro. Incluso hice amistad con algunas de ellas, hasta les llegué a coger cariño, de lo insistentes que eran... Les sacaba algo calentito para beber y hasta de vez en cuando las hacía pasar y les enseñaba fotos de Robert de pequeño...

—Mamá, me estás sacando lo colores—dijo él...

—No, los colores te los saqué aquel día que entraste y una de aquellas chicas sostenía una de tus fotos de bebé, metidito en la bañera, ¡como Dios te trajo al mundo! —dijo, riendo.

—Sí, aquello sí que fue verdaderamente traumático—añadió él, con tono divertido...

La cena fue de lo más amena y mis padres también contaron muchas anécdotas de mi niñez y de la Susan. Nuestras madres hicieron unas migas excelentes...

En cuanto a Beatriz, me cautivó desde el minuto uno. Era el ser más noble que había visto jamás. Una mujer que disfrutaba de ver a su hijo feliz y exitoso, pero sin dejar ella de vivir de la misma manera que lo hizo siempre.

Tuvimos oportunidad de comprobarlo a través de sus palabras. Disfrutaba llevando una existencia modesta a pesar de que su hijo hacía que no le faltara de nada... Era un ser auténtico, feliz con poco, en su isla. No le hacía falta más que su paz y la gente de su entorno...

Llegó la hora de las campanadas y todos nos reunimos en torno al televisor, viendo a las multitudes que desafiaban al frío para vivir la magia de Times Square en vivo y en directo...

—Ainss, los años no perdonan—dijo Beatriz— Enseguida iba a estar yo ahí, por muy emblemáticas que sean esas campanadas, con el frío que hace y lo bien que estamos aquí resguardaditos...

—Creo que eso no tiene mucho que ver con la edad Beatriz, porque a mí, tampoco me sacaban esta noche de casa “ni con agua caliente” —dije, mirando hacia la ventana y comprobando que empezaban a caer copiosos copos de nieve....

—¡Mirad comienza a nevar! Es como una Nochevieja de cuento...—exclamé.

—¿Te acuerdas lo mucho que os gustaba a Susan y a ti que nevara en estas fechas? —me preguntó mi padre...

—Sí, papá. Si hasta era uno de los deseos que siempre poníamos en la carta a Papá Noel— contesté, inmersa en aquellos preciosos recuerdos de la infancia...

Permanecimos juntos hasta después de las campanadas. Nos despedimos prometiendo ir a su casa al día siguiente. Ellos nos querían devolver el caluroso acogimiento con la comida del primer día del año y por supuesto que aceptamos.

—Creo que reunirlos a todos ha sido un éxito rotundo—me dijo Robert al salir, por los bajinis y robándome un rápido beso en un momento en el que estábamos a salvo de miradas...

—Sí. Un éxito como los tuyos—respondí...

—¡Y hasta más! —añadió él, riendo—Mañana nos vemos, preciosa. Ya cuento las horas...

—Por mi parte, ya te empiezo a echar de menos—dije, mientras cerraba la puerta.

Esa noche mi madre alucinaba mirando el Facebook. Más de dos millones de likes en su publicación. Decía que no iba a volver a escribir nada para dejar ese estado ahí arriba para siempre. Mi padre y yo, negábamos con la cabeza riendo.

—Virgen santa, esto es como un sueño, Kyara. Debes estar en una nube. Y no hace falta que expliques nada. He visto cómo os mirabais, ¡a tu madre se la vas a dar! —rio...

—Bueno mamá, ya sabes que suelo ir “con pies de plomo”, pero he de reconocer que es maravilloso y no porque sea una estrella, ya lo has visto... No puede ser más sencillo...

—Desde luego, una se imagina a alguien así pasando la Nochevieja en una fiesta multitudinaria y rodeado de prensa y mira el chico... Encantado de la vida en familia y mirando embobado a mi preciosa hija—dijo, causando la risa de mi padre y mía.

—Ya sabes cómo es tu madre, Kyara... Nos acaba de dar un comunicado de la noche. Algunas veces dudo si la periodista de la casa eres tú, o es ella...

—Es que mi hija ha salido a mí—añadió mi madre, que se jactaba de decir siempre la última palabra...

A la mañana siguiente desayunamos tranquilos. Nos preparamos y nos fuimos para casa de Robert, de la que mis padres quedaron prendados a primera vista.

Beatriz había preparado una comida típica de su país. Era muy graciosa, una anfitriona espectacular... Estaba en todo momento pendiente de que no nos faltara de nada...

En cuanto a mí, le estaba cogiendo un cariño especial. Era de esas mujeres que llenaban el corazón al instante, con su ternura y cariño...

—Beatriz, la comida no podía estar más buena—dijo, mi madre, agarrando su brazo camino del sofá—Necesito la receta y la necesito ya—dijo, atropelladamente. Así era ella...

—Y si no se la das, atente a las consecuencias—dijo mi padre, bromeando. Te lo digo que llevo toda la vida casado con ella y es como un huracán... Arrasa hasta conseguir lo que desea...

—Te la doy con mucho gusto, Karen. Coge papel y lápiz...

—Mamá, esas cosas ya no se hacen así. Mándale una nota de audio, anda, que tú sabes hacerlo...
—dijo Robert.

—No hijo, claro que sé, pero hay ciertas cosas que pierden sabor si no se hacen como toda la vida y una de ellas es apuntar una receta.

—Totalmente de acuerdo, Beatriz—dijo mi madre en tono condescendiente...—Robert, hijo, trae papel y lápiz, por favor...

El día lo pasamos entero allí. Estaba claro que era un plan formidable, de manera que estuvimos hasta altas horas de la noche...

—Ha sido un día fabuloso—le dije a Robert, al despedirnos...

—Coincido plenamente contigo, preciosa—me dijo, con su atractiva mirada clavada en la mía.

Esa fue nuestra despedida. Al día siguiente mis padres regresaban a Miami y su madre a Puerto Rico. Robert y yo no habíamos quedado en nada, pero yo rezaba porque me llamara y volverlo al ver.

Por la mañana desayunamos temprano y mis padres se fueron hacia el aeropuerto en taxi. Eran muy cabezones y no estaban dispuestos a dejar que los acercara en coche.

Me quedé en la casa pensativa y almorcé triste. No tenía noticias de Robert. Decidía ponerme a trabajar para paliar esa sensación angustiosa y extraña que sentía...

Conforme iban pasando las horas, la desazón se iba apoderando de mí. ¿Definitivamente habría sido un pasatiempo para él? No era la primera vez que pensaba en que podía representar la forma de no pasar las Navidades solo...

A eso de las ocho de la tarde llamaron a la puerta y al abrir mi corazón dio un vuelco. Era Robert. Más que mis labios, debieron hablar mis ojos...

—¿Pensabas que me había olvidado de ti? — preguntó cogiendo mi cara con sus manos y besando mis labios.

—Pues sí, ya te veía en tu casa con otra chica disfrutando por unos días — dije bromeando.

—Entonces no conoces a este — señaló su corazón.

— Bueno — volteé los ojos cerrando la puerta.

—Vístete, nos vamos a cenar por la ciudad — dijo dándome una palmada en el culo. Nueva York está engalanada y debemos disfrutar...

—¿Qué me pongo? No esperaba esto y...

—Te pongas lo que te pongas, ya te has “puesto bonita”.

Me hice un arreglo rápido y llegué “como las balas” a su lado. Estaba entusiasmada por disfrutar de aquella velada...

—Te veo radiante, mi niña.

—Lo estoy. Creo que en la vida las mejores cosas son las que no se planean. Cojo las llaves y nos vamos danzando...

—O cantando—dijo él...

Salimos de la mano, como una pareja de toda la vida, con numerosas muestras de amor y afectividad, a mí me tenía como a una quinceañera.

Durante la cena me cogió las manos por encima de la mesa.

— No quiero separarme nunca de ti — dijo ante mi asombro.

— Robert...

—No digas nada, confía en mí, sé que es difícil pues probablemente te hayas hecho tu propia película mental pero soy real, siento como tú y has llegado a mi vida de una forma muy fuerte, antes de que tú supieras que existías para mí.

—No te entiendo...

— Te contaré la verdad... — carraspeó ante mi asombro.

—Sigo sin comprender nada...

— Pues la entrevista la negocié exigiendo que fueras tú. Llevaba unos meses para cerrar el trato y siguiendo el programa...

—¿En serio me lo dices?

—Claro, tu espacio era el que más me gustaba. Comencé a investigar sobre tu trabajo en las redes y a ver todas las entrevistas que habías hecho. Te habías convertido en una imagen que necesitaba ver cada día, a cada momento.

—¿Te estas burlando de mí?

—En la vida lo haría. Has sido a la única mujer desde que me hice famoso que he llevado a mi casa, que he presentado a mi madre... La única con la que pasé unos días así. Las demás fueron un rato en un hotel y cada uno para su casa, pero contigo fue diferente.

—No sé qué decir — dije, mientras las lágrimas comenzaban a hacer acto de aparición en mis ojos...

—No llores, que estamos en un restaurante y la liamos — dijo secando mis lagrimas con sus dedos mientras sonreía — Quiero que me prometas que vamos a seguir con esto, que vamos a estar en nuestro día a día y que vamos a luchar por sacar de aquí algo mucho más bonito que un suceso de Navidad.

— Y yo qué digo ahora...

—Solo dime que lo deseas tanto como yo, con eso es suficiente.

—Claro que lo deseo — dije lagrimeando, era lo más bonito que me había pasado en la vida...

El resto de la cena transcurrió envuelto en un tremendo halo de romanticismo. Tuve oportunidad de ir conociéndole más y más...

—Me has quitado muchos miedos, Kyara. Tú no lo sabes, pero es así...

—¿Miedo a qué, Robert? Tú podrías haber atraído a quien te hubiera dado la gana, solo tenías que dar una patada y saldrían un millón de chicas de debajo de una piedra, ¡y eso sin exagerar! —reí.

—¿Y quién me aseguraba que todas esas chicas no buscaran únicamente al Robert famoso? Es muy difícil Kyara, ¿sabes? Cuando llegas alto todos quieren estar a tu lado, pero es muy complicado discernir...

—¿Qué es difícil, cielo? Pues saber qué personas te quieren por quién eres y cuáles por lo que eres. Es entonces cuando le pides al destino una señal...

—¿Una señal?

—Claro. Una señal. Y a mí no se me ocurrió mejor fecha para hacerlo que la de la Navidad... Pedí un deseo, en forma de periodista y...

—¿Y?

—Y ya te lo dije. Fue entrar en la habitación y saber que eras diferente, que sabías mirar más allá de lo que lo hacían las demás. Mi fama, mi público, cuanto me rodea te era indiferente... Tú eras más natural que todo eso...

—Bueno, yo procure “ir al grano”. Eso es todo...

—Pero pudiste hacerlo porque estabas por encima de quedarte prendada de un mundo en el que lo artificial prima. Un mundo en el que son muchos los que te dan palmaditas en la espalda solo por conseguir un lugar a tu lado...

—¿Te ha pasado eso alguna vez?

—Sí, me ha pasado en lo profesional. Al principio no sabía distinguir y tenía a mi lado verdaderos “mercenarios” que “se vendían al mejor postor”.

—¿Y en lo personal?

—En lo personal ya ni te cuento. Modelos que se acercan a ti solo para conseguir más fama, actrices que en dos días te están pidiendo que eches mano de tus contactos... Llegó un momento en el que...

—Sigue, por favor....

—En el que “tiré la toalla”. Consulté con la almohada y llegué a la conclusión de que, si apareciera alguien especial, yo sabría verlo y....

—¿Y si no era así?

—Pues si no era así, prefería mil veces “estar solo que mal acompañado”. No temo a la soledad, no soy una persona con dependencia emocional de nadie, lo que temo es el interés y la traición... Y, en esas estaba, cuando te conocí...

—No sé ni qué decir...

—No tienes que decir nada, mi vida. Ya nos lo hemos dicho todo. Empezamos a decírnoslo desde el instante en el que nuestras miradas se cruzaron en mi suite y desde entonces, nuestros ojos no han parado de hablar...

Después de la cena nos fuimos a mi casa, lo hicimos y se quedó a dormir. Aquello había sido un soplo de aire fresco que llegó a mi vida, inundándolo todo y no sabía ni cómo...

La intensidad de la noche hizo que se durmiera ipso facto, mientras yo me quedaba a solas con mis pensamientos. Las imágenes de toda mi vida empezaron a llegar a mi mente.

Por un momento pensé en Susan y en el grito que daría cuando le diera la noticia. Ya era oficial. Era la pareja de Robert, probablemente el hombre más deseado del planeta...

Recordé lo fascinante que me resultaba cuando de niña, cogía velocidad en el patinete y cerraba los ojos, derrochando adrenalina. La sensación de aquella noche era la misma, pero en romántica.

La vida con Robert se me antojaba como la más maravillosa de las aventuras, vertiginosa, divertida e intensa.

Eso sí, a partir de ahora nada tendría que ver con lo que había sido mi existencia hasta ese día. Yo misma, Kyara, pasaría a ser uno de las habituales del papel couché, quisiera o no quisiera...

No me importaba. Estaba dispuesta a pagar cualquier precio. Si llegaban a hablar mal de mí, sería

la envidia quien lo hiciera...

Lo único que tenía claro es lo que Robert me había contado, que yo fui especial para él antes de saberlo, que existía en su día a día, antes de habernos encontrado...

Sin duda, era algo fuerte, algo que no estaba al alcance de mi cabeza, algo que no imaginaba, pero contaba con la absoluta certeza de que nuestros gestos no mentían y, desde el primer momento, nos tomaron la delantera, hablando por sí solos...

Mientras iba cayendo rendida me abrazaba más y más a él que, entre sueños, me intuía y me sonreía, musitando mi nombre...

Algunas de las letras más conocidas de sus canciones se hicieron hueco en mi mente. Sin darme siquiera cuenta las iba cantando, a sabiendas de que, a partir de ese momento, la protagonista de las mismas, era yo....

Epílogo



Había pasado un año y medio y ahí estábamos...

En una playa preciosa de Puerto Rico, ante la mirada de familiares y amigos, dándonos él sí quiero, además de mil focos a lo lejos intentando captar las imágenes de ese enlace.

Me sentía la mujer más afortunada del mundo. Desde que lo conocí mi vida había sido muy fácil junto a él...

Procurábamos pasar mucho tiempo juntos, me acompañaba a mis entrevistas, yo a sus conciertos, vivíamos entre su casa y la mía, pero habíamos decidido trasladarnos a la de él después del enlace y la luna de miel que sería en las Maldivas.

Su madre y la mía no dejaron de llorar en toda la ceremonia. Era algo que me tenía de lo más sensible, así no había manera de calmar mi propio llanto.

—Kyara, mi niña, no puedes estar más bonita—dijo mi madre.

—Gracias mamá, mis “dos madres” también estáis preciosas...

—No creo que yo esté preciosa, querida—dijo Beatriz—Lo que sé es que estoy dichosa. Ya eres mi niña. Eres esa hija que nunca tuve. Jamás pude imaginar una mejor compañera para la vida de mi hijo...

—Os vais a tener que callar o el rímel me va a llegar al suelo. No puedo con tanta emoción. Estoy desbordada—dije.

—¡Pues eso digo yo! Menos lágrimas y más sonrisas—dijo mi hermana Susan, que también estaba guapísima. Había adelgazado y estrenaba nuevo look...

—Estás increíble, hermanita. Te ha sentado fenomenal ese nuevo novio tuyo... —guiñé un ojo.

—Sí, me estaba encasillando. Mismo aspecto, misma rutina, misma vida... No podía ser. “Renovarse o morir”, ¿no es eso lo que dicen?

—Eso dicen y tú te lo has tomado “al pie de la letra”. Me parece sensacional...

—Pero vamos, me lo dices tú, que te vas a casar con Robert. ¿Sabes que hoy millones de chicas del mundo se están tirando de los pelos?

—Sí, imagino que a más de una no he habrá caído muy bien este enlace...

—¿Por qué lo dices? ¿Solo porque estén tirando dardos a una diana con tu cara? Desde luego hermanita, estás de lo más susceptible...—rio...

El banquete al aire libre, con música, momentos inolvidables, miradas que lo decían todo, aquel amor era de verdad y por mucha fama que hubiera de por medio, prevalecían nuestros sentimientos y la humildad que le había inculcado su madre, el valor por saber cuidar a las cosas y a las personas.

—Amor, veo que tienes apetito. Me hace gracia comprobar que no eres una novia de esas a las que se les cierra el estómago el día de su boda...

—De eso nada. Está todo delicioso y hay que aprovechar. Me habías dicho que la comida en Puerto Rico era espectacular, pero esto es demasiado, quiero probarlo todo...

—No sabes lo que me alegra saber que te identificas con mis raíces. Es como si todavía te sintiera más cercana a mí, si es que eso es posible...

Concluido el almuerzo, quedaba todavía mucho día por delante, con gran cantidad de actividades y sorpresas que habíamos preparado para hacer de nuestra boda un acontecimiento inolvidable...

Robert cantó una preciosa canción para todos y sobre todo para mí, ¡anda que no me hizo llorar en esos momentos! La letra hablaba de esa Navidad que nos había unido y que nadie podría separar.

—No esperaba un regalo tan especial. Esto se avisa—dije, mientras me fundía con mi flamante recién estrenado marido en un fortísimo abrazo.

—Es lo menos que te mereces, mi niña. Además, es la historia de nuestros comienzos y está descrita con todo lujo de detalles porque la he compuesto yo mismo...

—Es un regalo inigualable...

—Lo material pierde sentido cuando uno tiene de todo. A nosotros no nos falta de nada y, ningún obsequio que te comprara, por formidable que fuera, podría compararse con el sentimiento que le he puesto a esta canción...

—Será nuestra canción, a partir de ahora—dije—Y es que, de hecho, no teníamos ninguna. Nos estaba pasando un poco eso de que “en casa del herrero, cuchara de palo...”

—Pues ya es oficial. No se diga más. Desde hoy será esta...

Mis padres estaban de lo más orgullosos. Mi madre no paraba de subir fotos al Facebook cosa que a Robert le hacía mucha gracia y la buscaba para darle juego.

—Robert, hijo, ven—dijo ella—Conviérteme en la suegra más envidada del mundo...

—Tus deseos son órdenes para mí, Karen—añadió él, poniéndole el brazo por encima del hombro y sacando la mejor de sus sonrisas.

—Ahora me toca a mí, mamá. Hay que compartir—dijo Susan—Ven Robert, que noten que soy la cuñada más orgullosa del globo...

—Eso está hecho cuñadita. Y otra cosa te digo. Este año te quiero ver en todos los conciertos que puedas. Coordínate con tu hermana para estar allí, a un lado del escenario...

—Gracias, cuñadito. Cada vez que tenga ocasión me verás pegada a mi hermana “como una lapa”.

¿Tú sabes lo que voy a fardar yo retransmitiendo en directo?...

—Desde luego que sois todos un caso...—dije, emocionada de la “piña” tan bonita que habíamos formado en relativamente poco tiempo...

Me fumé un cigarro a pesar de que casi nunca solía hacerlo, pero me apetecía, mirando al mar desde esa mesa, con la copa de vino en la mano y recordando todos los momentos vividos con él, el “rey de la bachata”, pero sobre todo el rey y dueño de mi corazón.

Me veía guapísima con ese vestido de caída impresionante, nada ostentoso, delicado en detalles... Quería ir natural, nada de imponentes vestidos que no hacen más que incomodar el día.

Robert estaba impresionante, con una camisa guayabera color champagne, más clara que el pantalón. Era para devorarlo allí mismo.

—Uno, pero no te acostumbres—cariño, me dijo... O vas a tener que escuchar a tu maridito...

—No, no te preocupes. Es solo como un ritual de las ocasiones especiales. Y esta no puede serlo más... No te ofrezco una calada porque sé que no...

—No, ya sabes que cuido mi garganta “como oro en paño”, pero estás ahí de lo más atractiva, con esa pose natural. Parece una postal con este mágico escenario de fondo...

La prensa estaba loca con nuestra relación, eso que alguien como él se hubiera enamorado de la periodista que le entrevistó, fue noticia durante mucho tiempo, a todas horas, en todos los programas y revistas.

Analizaron mil veces nuestra entrevista, los gestos, hablaban de muchos de ellos que denotaban una atracción importante, además de cuando nos pillaban paseando por la calle, todo era analizado y sobre todo era noticia de portada.

Me había acostumbrado al paso de estar en un segundo plano a un primero, pero no me exponía, no di ninguna entrevista ni explicación de nada, eso se lo dejaba a Robert que acertaba con todo y tenía una manera mucho más natural de responder a todas aquellas preguntas que le azotaban diariamente.

Y ahora estaba ahí y era su mujer, no me lo podía creer lo rápido que había pasado todo, inclusive el tiempo, parecía que era ayer cuando se auto invitó a pasar esas Navidades conmigo...

Los recuerdos me asaltaban uno detrás de otro, jamás podría olvidarlos y mucho menos borrarlos de mi cabeza, había sido todo demasiado bonito para ser cierto, pero lo era, sin dudas que lo era y yo feliz de ello.

Mi madre y su madre eran como dos amigas, durante ese tiempo se telefoneaban mucho y se pasaban horas y horas hablando.

Nosotros habíamos estado el verano anterior unos días en Miami y otros en Puerto Rico, entre concierto y concierto, pues Robert tuvo un año frenético, aquello era desbordante, no sabía cómo aguantábamos el ritmo, pero lo hacíamos, todo por permanecer juntos, nos dolía estar separados.

Robert era cuidadoso, muy cuidadoso, siempre tenía una sonrisa en el rostro, no se enfadaba por nada, era un alma libre de malos pensamientos, era todo “Zen” y eso hacía que la calma presidiera nuestras vidas, exentas de malos rollos.

Mi padre nos miraba a lo lejos y levantaba la copa, nosotros hacíamos lo mismo, estábamos en ese momento donde la fiesta iba acabando, había sido larga, emotiva, preciosa y sobre todo romántica, con momentos que a nadie se le borraría de la mente.

Como el instante baile...

Cantó una balada mientras me llevaba por la pista, sonriente, con ojos llenos de emoción y caricias en mi espalda que me hacía sentir el centro del universo.

—¿Estás a gusto, Kyara? ¿Es todo como lo habías soñado?

—Definitivamente, no—dije.

—¿Y eso? —abrió los ojos como platos...

—Porque es mucho mejor. Has superado todas mis expectativas—dije...

—Vivo para ti y para la música Kyara, no puedo imaginar un solo día sin pensar en mimarte. Te

adoro, no sé lo que has hecho conmigo, pero me has convertido en un hombre nuevo...

—¿He sacado de ti tu mejor versión? Vamos, como está ahora de moda decir...

—Algo de eso hay. Me haces sentir mejor persona, más entregado, más servicial, no sé... Estoy alucinando...

—Yo siento lo mismo. Y los nuestros son ya inseparables. Da igual la distancia a la que estemos. Sentimos una conexión brutal entre todos...

—Sí. Esto es actuar, como también dicen últimamente “en sinergia”, ¿no? —preguntó él, entusiasmado...

—Algo así debe ser—dije, riendo con ganas...

—Mira que la música es mi vida Kyara, pero no puedo imaginar melodía más bonita que la de tu risa—añadió...

—¡Te como esa cara bonita y el gusto por la música, guapo! ¡Bendito el día que empezaste a seguirme la pista!

—Sí, estoy convencido de que el universo premia las actitudes positivas y yo me propuse conseguirte a toda costa...

—Pues ahora estás perdido. No te vas a deshacer de mí tan fácilmente. Me has enseñado el mundo sin el que ya no podría pasar y sabes que no me estoy refiriendo a la parte del lujo y del glamour...

—Lo sé, lo sé... Te estás refiriendo a todo aquello a lo que yo tampoco quiero renunciar. Te quiero Kyara, te he querido desde el momento que cruzaste el umbral de la puerta de mi suite y te voy a querer siempre...

—Te quiero Robert. Eres todo aquello con lo que una mujer podría soñar... pero en real...

Esa noche cuando me quité el vestido y asumí que ya era su mujer, lloré al hacerlo, a él también se le cayó alguna que otra lagrimilla...

La nuestra había sido una historia de amor preciosa, con momentos inolvidables y ahora teníamos el fruto: el habernos convertido en marido y mujer y habernos jurado amor eterno, ese que algo me decía que se mantendría en el tiempo y más conociéndolo como ya lo conocía.

Esa noche la pasamos en el hotel donde habíamos celebrado la boda, estábamos felices y achispados, todo había que decirlo...

Mientras lo hacíamos sonreí pensando en ese día tan precioso que habíamos pasado, ese día que jamás imaginé que fuera de aquella manera y menos con él, eso era lo último que me podía haber imaginado en la vida.

Me quedé dormida ahuecada en su pecho, oliendo su cuerpo... Su aroma era afrodisiaco, me envolvía en un manto de sensaciones en las que deseaba perderme por siempre, a su lado, con él, siempre a su vera.

Estaba comprendiendo que el amor no es lo que imaginamos o aspiramos, es algo que nos puede llegar por cualquier lado cuando menos lo imaginamos y eso me paso con él...

Robert llegó a mi vida sin esperarlo, sin previo aviso, pero para quedarse, sin dudas, no había nada que me hiciera ponerlo en tela de juicio, confiaba plenamente en sus sentimientos, esos que calmaban todo mi ser.

Emprendíamos una nueva vida juntos. El amor y la pasión nos habían guiado desde esas Navidades en las que nos conocimos hasta ese día en el que celebrábamos con todos nuestros seres queridos que nos convertíamos en marido y mujer...

